

LICEO VALENCIANO.

PERIODICO MENSUAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y BELLAS ARTES.

SEGUNDA SERIE.

FELIPE V.

ARTICULO PRIMERO.

NOTICIAS PRELIMINARES.

Pocos testamentos nos presenta la historia mas fecundos en consecuencias que el de *Cárlos el Hechizado*; porque si bien es cierto que á cada paso se nos ofrecen ejemplos de dinastias que bajan de un trono que han disfrutado por muchos años, para ceder la regia silla á otras mas jóvenes y menos legítimas, tambien lo es que suelen llevarse á cabo estos acontecimientos por medio de rebeliones abiertas y precedidos de lágrimas y de sangre. No le faltaron infortunios á la España al verificarse el advenimiento al sólio de la nueva raza: larga cosecha cogió de ellos durante la sangrienta guerra llamada de sucesion; empero el derecho de sentarse en el trono español no le adquirió Felipe V, como el actual monarca de la nacion francesa en una batalla de calles; ni cómo ad-

quirió el de ceñirse la corona de la Gran Bretaña el principe de Orange, destronando á su legitimo poseedor el vástago penúltimo de los Estuardos.

Y sin embargo de que la venida de los Borbones al palacio de nuestros reyes no puede titularse una revolucion, porque no fue la consecuencia de un levantamiento popular; sin embargo de que no precedieron á su llamamiento declaraciones de los reinos reunidos, ni vivas de la muchedumbre, fueron quizás sus resultados mas vastos y mas profundos que los producidos por la caida de *Cárlos X* y el destronamiento de *Santiago el Devoto*.

Asi aparece á primera vista á nuestros ojos, y asi aparecerá indudablemente á los de aquellos que, comparando el sistema politico y administrativo de la casa de Austria con el de la nueva dinastia, adviertan la inmensa distancia que los separa, el diverso pen-

samiento que los dirigia, y los encontrados puntos á donde caminaban. Echemos pues, una rápida ojeada por los reinados de los monarcas austriacos, y será nos luego mas fácil apreciar debidamente el gobierno de sus sucesores.

Necesitada de reposo se encontraba la España como la Europa toda cuando se ciñeron sus coronas los reyes católicos. La anarquía que durante el tristísimo reinado de Enrique IV habia cundido por todos los ángulos de Castilla, hacia indispensable la preponderancia del poder real ó la ruina de los pueblos. Afortunadamente para la nacion española comprendieron perfectamente D. Fernando y Doña Isabel la situacion en que se veian, y siguiendo el espíritu de su siglo abatieron el orgullo de los nobles y crearon la monarquía.

He aqui el acontecimiento que basta en nuestro concepto á esplicar cumplidamente los prodigiosos adelantos que se notaron en esta época: la España como la Europa toda habia sido esclava de una nobleza anárquica y ambiciosa por espacio de algunos siglos, y cuando salió de su esclavitud robusteciése de tal manera, que dejó de parecer en pocos años la misma que habia visto enseñorearse de sus dominios á D. Alvaro de Luna; la misma que habia presenciado la escandalosa aventura de la Beltraneja. Empero este cambio, producido por la reunion de las dos coronas y el oportuno absolutismo de nuestros reyes; este cambio, que dió á los españoles aquel movimiento intelectual y material con que se anuncia la civilizacion en todos los pueblos, lejos de echar raices en nuestro suelo, no duró sino el brevisimo tiempo que vivieron sus autores.

El reinado del emperador de Alemania fue gloriosísimo para España, pero fue el en que se arrojaron las corrompidas semillas de nuestros males posteriores. Comprometidos los españoles á sostener con su sangre las conquistas que anhelaba el magnánimo

corazon de su monarca, pelearon en esta época por la Italia, que ninguna ventaja podia reportarles, y malgastaron sus fuerzas y sus recursos en la lucha provocada por la reforma religiosa. Este último compromiso, contraido indudablemente por la circunstancia de pertenecer nuestros soberanos á la casa de Austria, fue en nuestro concepto el que ahogó nuestra naciente prosperidad.

No se hubiera ahogado de cierto si los monarcas austriacos hubieran sabido, como el primero de ellos y D. Fernando el Católico, hacerse superiores á las cuestiones suscitadas en aquella época, y se hubieran reservado para si el poder que habian arrancado á la nobleza. Mas Felipe II, y sus sucesores particularmente, no supieron sostener á la inquisicion con una mano, y poner coto con la otra á las exigencias de la clerecía; no supieron como aquellos abatir á los señores y convocar á la vez un concilio nacional para reformar á las órdenes religiosas. Felipe II y sus sucesores desconocieron que una monarquía fuerte, que se hiciera superior á las pasiones dominantes, era la necesidad de sus reinados, y compelidos por un espíritu reaccionario, dieron á las órdenes religiosas y al tribunal de la santa fe lo que arrebataban á los condes y á los duques. Este paso imprudente, que debilitaba la autoridad real y creaba un nuevo poder que habia de ser un dia mas robusto que el del mismo trono, hizo sentir bien pronto sus efectos. El tribunal de la santa fé, que hubiera podido sin grandes esfuerzos impedir el contagio de la reforma, que era precisamente su única atribucion, anduvo tan exagerado en sus castigos, y se abrogó tan numerosas facultades, que llegó á dominarlo todo con grave mengua de la potestad soberana y gravísimo daño de los pueblos. Las órdenes religiosas no nos causaron tantos males absorbiendo todas las atenciones del gobierno y arrancándole brazos á la industria y á la

agricultura, como nos los causaron impidiendo el estudio de las ciencias humanas y conviertiendo á la sociedad española en un colegio de teólogos (1). ¿Qué ciencia? ¿qué arte? ¿qué conocimientos útiles brillaron en España durante la casa de Austria?... Se nos dice que tuvimos grandes poetas, ¿como si esto fuera una prueba incontestable de la ilustracion de una potencia! La abundancia de literatos célebres que hubo en aquellos tiempos, la perfeccion á que habia llegado la rica habla castellana en aquellos dias, son en nuestro concepto la mas irrecusable prueba de que nuestra España se encontraba falta de conocimientos sólidos. La época de Homero fue la mas bárbara de la Grecia.

Nosotros creemos que los grandes talentos no nacen con una capacidad limitada á cierto ramo del saber humano; y al considerar á Cervantes, Lope de Vega y Calderon de la Barca, dudamos si nacidos en nuestro siglo hubieran sido mejores poetas que publicistas, mejores escritores dramáticos que oradores populares. Ni ¿cómo creer que la naturaleza arroja al mundo en un siglo hombres de imaginacion exclusivamente y hombres de raciocinio en otro? Tiberio Graco fue el Juvenal de la república romana; Juvenal el Tiberio Graco del imperio. La España debia tener precisamente muchos poetas y teólogos, cuando solas la teología y la poesía no encontraban resistencias: ¿por alguna parte habian de romper nuestros ingenios!

Se dice por otro lado que eramos entonces la nacion mas poderosa del mundo, y esto es inexacto. El poderío grande de la monarquía española no duró sino el espacio de treinta años. Acababa de perfeccionarse en 1558; comenzó su ruina en 1590, y ya ha-

bia perdido parte de los Países Bajos en el 99. Es verdad que en los dias de nuestras glorias hicimos prisionero á un rey de Francia en la batalla de Pavía, y al almirante Coligni en la de San Quintin; mas pasados estos años ¿qué guerra no nos produjo mas copia de males que de ventajas? ¿qué paz no nos costo ceder alguna provincia? Y al terminar su dominacion la casa de Austria, ¿qué conservábamos de todo cuanto ella habia obtenido en otro tiempo?... Batidos en todas partes en el exterior, no teniamos en el interior ni trono, ni nobleza, ni pueblo, ni ilustracion alguna. Los conocimientos útiles y las leyes económicas nos hacian una falta inmensa; pero el espíritu teocrático del gobierno fue una valla impenetrable para estos adelantos. Inútilmente se pretendió poner un dique á los abusos introducidos en el reinado de Felipe III, cuando subió al trono su sucesor Felipe IV: el mal estaba muy agravado, y los remedios que se le aplicaban eran sobrado vulgares para producir efecto. Los párrafos que copiamos á continuacion de los *Anales de los quince dias*, escritos por D. Francisco de Quevedo, y la carta que les subsigue del arzobispo de Granada Don Garcerañ Albañel, son la pintura mas viva del estado lastimoso en que se encontraba la monarquía en la época de los dos últimos Felipes: bastan estos dos documentos para dar una idea exacta del desgobierno que tanto en uno como en otro reinado se habia apoderado de la España, y de los esfuerzos que se habian de necesitar despues para rejuvenecerla y organizarla.

GRANDES ANALES DE LOS QUINCE DIAS
DE D. FRANCISCO DE QUEVEDO.

Admitió S. M. (Felipe III) á su gobierno tantos religiosos como consejeros, los cuales no sin alguna relajacion de su observancia hicieron togas de los hábitos; y asi muchos eran desconocidos de sus fundadores y pasaban

(1) No censuramos sino el prurito que se habia introducido de reducir todas las ciencias á sola la teología. Por lo demas nosotros admiraremos siempre á Sto. Tomas y á Melchor Cano.

por legos en sus casas, hasta que la Divina Providencia los advirtió con algun desengaño, el remedio de esta negociacion desconocida de aquellos padres que fundaron las observancias, donde han militado y militan tantos varones apóstolicos que se retiraron del mundo para emplear sus espiritus en la oracion.

Estos sin duda alcanzaron de Dios nuestro Señor inspirase en la muerte de Felipe III, al IV que hoy reina, el recato con que sin precepto ni sequedad ha retirado á sus claustros á los que se iban introduciendo en los tribunales. No se duda que en los religiosos puede hallarse y se halla el buen celo, el consejo y la verdad; mas estas virtudes encaminadas á cuidados seculares y forasteros estrañándolas sus votos y profesiones, son distraimiento y desperdicio de aquella ley que se juró á Dios...

Define este caso aun en los instrumentos materiales aquella sentencia canónica: *Semel Deo dedicatum non debet ad alios usus transferri*. Lo contrario es causar en la república desprecio de los religiosos derramados en estas cosas, porque en el tiempo en que S. M. (Felipe III) no sacó sus pasos de los conventos de monjas, ni sus oidos de las consecuencias de los frailes, se ocasionaron osadías en el discurrir, no menos malsonantes que descomedidas, apropiando á la piedad y celo nombre de codicia y entretenimiento. Luego se arrojaban á deslucir la santa opinion de los religiosos llamando mañosa á la caridad que sin duda fue buena, pero aventurada; y por señas hablaban del gobierno notándole con silencio mordaz estas acciones, y se derramaba tanto esta indigna murmuracion, que en consonantes sacaban á la vergüenza de boca en boca sin escepcion de personas á todos los que ocasionaban estos descuidos. Todo esto ha cesado, y S. M. con milagrosa prudencia y providencia, sin pluma, sin palabra y sin desorden ha restituido á sus fundadores muchos hijos que sacados á la

negociacion iban peregrinando como hijos vanagloriosos por la privacion á las dignidades....

CARTA DEL ARZOBISPO DE GRANADA
A S. M. FELIPE IV.

Señor: Las obligaciones que tengo de mirar por todo el bien de V. M. como tuve el honor de emplearme en su educacion y estudio siendo su maestro, y los efectos de buen vasallo no me permiten disimular un punto sin dar noticia á V. M. de las que tengo del triste estado en que se hallan sus reinos y vasallos: aquellos totalmente perdidos, y estos sujetos á la vil coyunda de un tirano. Solo reina en esta monarquía la maldad, la insolencia, el robo, la sensualidad y todos los demas vicios que hacen verdaderamente infeliz á un reino. La justicia no se conoce, el mérito no se premia; la grandeza se humilla, y los demas vasallos estan dando gritos contra la tiranía que les oprime; pero ¿cómo han de ser remediados si está sordo aquel de quien debian ser oidos? Este es V. M., que habiendo puesto gruesos candados no oye para remediar, antes escucha para afligir; pues depuesto de su real autoridad es rey en el nombre, teniendo en la realidad la corona un vasallo.

Examine V. M. los fondos de su erario y verá son ningunos: inspeccione su armada, y hallará sirve mas de juguete de las aguas que de respeto á los enemigos. ¿Qué milicia tiene V. M. Ninguna. La tropa es trompa que publica al orbe la desgracia y miseria de España. Pues señor, ¿en qué consiste esto? En que V. M. no cultiva la viña que heredó, que estando entonces colmada de lucidos pámpanos, la falta de trabajo de su dueño en ella, la ha hecho producir abrojos; la ha reducido á brotar secas ortigas en vez de verdes y fructiferos sarmientos. Tiene V. M. como arrendada esta preciosa heredad: contentase con tener el nombre de dueño en ella, pero esto será en breve

como no ser dueño de nada, porque cuando quiera reconocerla hallará que el infiel arrendador la sacó todo el fruto y la dejó estéril, seca é infructuosa.

Señor: Este mal arrendador es el conde duque de Olivares. Tiene perdido el reino: tiene usurpado el cetro: sus órdenes son las veneradas; las de V. M. son las que él quiere ó tienen la misma fuerza que vale, sin firma del deudor.

Los grandes acabaron de ser desde que empezó el Conde-duque á gobernar con el despotismo que observamos. Los que quisieron oponerse en sus perniciosas máximas padecieron su enojo y sintieron su rigor. A todos ha hecho creer que no hay mas soberanía que su gusto, y que él que de él se aparte será víctima de su furor. Y ¿quién tiene la culpa de esto, señor? No otro que V. M., pues lo permite sin causa, lo tolera sin razon, lo disimula y aun lo empeora sin motivo. Y siendo constante que la dignidad de rey sería, á no ser hereditaria, tan estimada de los hombres que abandonarían la vida por alcanzarla; V. M. que nació con ella, la estima en tan poco, que se la ha entregado al Conde-duque, contentándose con el nombre. Pues no señor, esto no puede ser; ó ser rey, ya que V. M. nació para serlo, ó entregar la propiedad al que lo sepa ser. Sujetos elevadísimos tiene la real casa de Austria: nombre V. M. uno que ciña la corona y meneje el cetro, ya que á V. M. le es aquella tan pesada y este tan duro. Descanse V. M. de un peso que tanto aborrece, pero deje descansar á sus vasallos de una opresion tan tirana que tanto les lastima. . .

Tal era el estado de la monarquía durante los reinados de los dos Felipes. En nuestros articulos anteriores hemos pintado la miseria y flaqueza en que se encontró viviendo Carlos II: veamos ahora el cuadro que nos presenta al subir al trono el primer Borbon.

ALARMA DE LAS NACIONES. — AGITACION EN EL INTERIOR. — VENIDA DE PELIPE A ESPAÑA.

Colocar en las sienes de un nieto de S. Luis una corona tan rica como la de España, en una época en la que el soberano de la nacion francesa amenazaba á la Europa con el establecimiento de la monarquía universal, era un acontecimiento que no podia menos de alarmar á las potencias. Vivo aun y en la plenitud de sus reales prerogativas se encontraba Carlos II, y ya se agitaban el Austria y la Inglaterra como si previesen lo que habia de acontecer. Ambas naciones tenían sérios motivos para ello; ibale á la una en la contienda una diadema que habia disfrutado por largos años, y esponíase la otra á ver malograda su última revolucion y la reforma de la carta, si triunfaba la bandería de los franceses.

No podia olvidar Guillermo III que habia subido al trono arrebatándole la corona á su antecesor, y que el monarca destronado habia sido acogido como pretexto de guerra por Luis XIV: no podia olvidar que su rival existia, y que ya habia tenido que luchar contra su persona en Irlanda y contra la armada de su protector en las costas de Normandía. Desasosegado con estos recuerdos y receloso por la Holanda el Principe de Orange, trabajaba sin levantar mano para que no se verificase el nombramiento del duque de Anjou; y en el instante en que vió frustradas sus esperanzas y muerto á Carlos el Hechizado, preparóse para la guerra, que mas que otro alguno de los monarcas ofendidos anhelaba. Viósele animado de este deseo presentarse al parlamento y acalorar á sus miembros con la pintura tristísima de los peligros que amenazaban á la Gran Bretaña; viósele enviar luego numerosos emisarios á todas las córtes para inclinarlas á su partido, y viósele en fin no escasear diligencia que pudiese sublevar á la Europa contra la nueva raza que ve-

nia á reinar en nuestros pueblos. No se necesitaban muchos esfuerzos para encender á las naciones contra el testamento de nuestro soberano: miraban todas ellas con envidia y temor el colossal poder que iba adquiriendo el rey de Francia, y placiales la idea de verle un dia humillado y abatido. Muestras dieron de ello la Prusia, el Austria, los estados de Hanover y hasta el mismo pontífice romano, que le negó al joven Felipe la investidura de costumbre, sin embargo de haber sido S. S. otro de los altos personajes que aconsejaron su nombramiento. La Europa toda se armaba contra la España, y la España entre tanto se encontraba dividida, y próximos sus hijos á despedazarse entre ellos mismos.

Asi era en verdad. Apoderado de la potestad suprema el cardenal Portocarrero desde el momento en que dejára de existir Carlos II, habia hecho publicar como heredero á Felipe V, y esta publicacion aplaudida con extraordinarias muestras de regocijo por los partidarios de la Francia, habia exasperado visiblemente á los adictos á los austriacos. No fue este el único motivo que dieron los gobernadores del reino para que se acrecentase el enojo de sus adversarios; otros dieron mas impropiedades y vergonzosos que justificaban hasta cierto punto su cólera y sus censuras.

Fue uno de ellos haber escrito al sucesor nombrado y á Luis XIV algunas cartas para que acompañasen la copia que se les remitia del testamento, y haber descendido en ellas hasta el extremo de suplicar humildemente que se aceptase la corona. Pareciales á los parciales de la casa de Austria que era una joya sobrado rica la nacion española para que hubiese un solo soberano que renunciase su diadema si el reino se la ofrecia: pareciales á su vez que era mas alta y mas noble la España que el principe elegido para gobernarla, y que no debia ser por consiguiente el reino el que suplicára sino la persona

favorecida con el título de su monarca.

Esto no obstante, y como si no hubiera sido adulacion sobrado baja en boca de los regentes de una monarquía como la española, descender hasta admitir la posibilidad de que existiese un principe que rehusase su corona, desacordados los banderizos de la corte de Paris llevaron mas adelante su bajeza, mandando rogativas públicas para que se dignase admitir el trono el nieto del rey de Francia.

Encendió, como era natural, este último paso los ánimos de los descontentos. No hubo uno siquiera de los que habian recibido con sobresalto la eleccion de Felipe V, que no jurase desde este acontecimiento un odio irreconciliable á la nueva dinastía. «Se nos vende á los franceses, exclamaban estos en el calor de su despecho: se quiere que seamos esclavos de esa nacion cuyo monarca fue nuestro prisionero en el reinado de Carlos V, de esa nacion cuya orgullosa nobleza pedía de hinojos la espada de Felipe II para esterminar á sus hereges.»

Justisimas por esta vez eran las quejas que alzaban los adictos á los austriacos contra sus enemigos. La conducta del cardenal Portocarrero y sus compañeros era en realidad indigna de los representantes de una monarquía, que si se encontraba enferma á la sazón, podia restablecerse con solos algunos años de buen gobierno. Pero los partidarios de la casa de Francia no tenian la fé que abrigaban aun sus adversarios: creian los primeros que era imposible regenerar á la nacion española con las antiguas doctrinas, y sacaban por consecuencia que solo con el sistema político, inaugurado allende los Pirineos por Luis XIV, podria robustecerse nuestra patria; mas generosos los segundos á la par que quizás mas fascinados, juzgaban que nuestros males anteriores habian sido el resultado de las privanzas de los últimos reinados, y que podia ponérseles coto dando mas influencia á los reinos que la que hasta

entonces habian tenido. Por eso mientras los unos solo deseaban el momento en que pisase nuestro territorio Felipe V, temian los otros que bajo pretexto de dar fuerza al gobierno se inoculára en nuestra política la declaracion del clero galicano, y que el momento por sus antagonistas apetecido, fuera el primero de la persecucion que amenazaba á los amigos de la córte pontificia.

Tal era el estado de los partidos en el interior, cuando arribada á las manos del soberano de la nacion vecina la copia del testamento de Carlos II, mandó S. M. que reunidos el parlamento y el consejo deliberasen sobre si debia aceptarse el nombramiento.

Terrible, sin duda alguna, hubiera sido la posicion de Luis XIV, si fuera costumbre de los altos personajes proceder como caballeros en los negocios de estado. El rey de Francia habia propuesto en vida de nuestro desdichado príncipe la division de la España, bajo pretexto de sostener el equilibrio de la Europa, y no podia sin grave contradiccion aceptar ahora la integridad de sus dominios. Pero el proyecto del rey cristianísimo no habia tenido otro obgeto que evitar la eleccion de un príncipe austriaco, y así lo declararon el consejo y al parlamento. Procuró sin embargo la córte de Paris cohesionar de alguna manera el paso que habia dado, y escogióse como medio para ello escribir á las potencias ofendidas esponiendo entre otras razones las siguientes: «Que la determinacion tomada por «la Francia era la mas ajustada para la «quietud de la Europa, porque así no «se moveria jamás la España sino en «caso de tener que defenderse contra «alguna potencia agresora, y que de no «egecutarlo el mismo rey cristianísimo le declararia la guerra: que con «esta condicion habia dado á su nieto á «los españoles, al cual procuraria defender con todas sus fuerzas contra «cualquiera que intentase turbar la «quietud de su trono: que le hubiera «sido mas útil á su reino la division de

«nuestra patria; pero que una vez nombrado sucesor para toda la monarquía «no era fácil dividirla: que las leyes de «España y el testamento del último «monarca prohibian con repetidas precauciones la reunion de las dos coronas, y que estando de acuerdo en esta «prohibicion los intereses de las naciones y el dictámen de toda la familia «real, habian cedido el Delfín y su primogénito el duque de Borgoña sus «derechos á la corona de España al «duque de Anjou, y éste los suyos á la «de Francia: que el testamento lo habia hecho Carlos II teniendo en cuenta la indisputable justicia de los Borbones, puesto que si esta justicia hubiera sido dudosa, probablemente no «hubiera sido excluida la casa de Austria por un monarca que pertenecia «á ella: que con dolor permitia saliese «una rama de su real estirpe á ilustrar «otro solio; pero que no habia podido «negar á la España su legítimo dueño; «y que tenia en fin las armas en la mano contra su nieto si obraba contra la «conveniencia de la Europa, y en pro «si se le disputaban sus derechos.»

Pasadas estas notas á las altas potencias dispúsose el viage del joven Felipe á nuestra patria, y verificólo hasta Burdeos acompañado de sus dos hermanos, el duque de Borgoña y el de Berry, y de un considerable número de próceres de aquel reino; mas no pisó nuestro territorio su brillante acompañamiento; temía el rey cristianísimo que tomasen á mal los españoles, ver á su monarca rodeado de estrangeros, y prescribió á sus vasallos que le despidiesen á la frontera.

Constituido ya en la córte Felipe V, y sentado en el trono que tan magnánimos reyes habían disfrutado, preparóse para conjurar la tempestad, que de todas partes le amenazaba, y comenzó á desplegar el sistema de gobierno aconsejado por su ilustre abuelo.

Infructuosas fueron las disposiciones adoptadas para obtener la posesion pacífica del reino: la carta dirigida por el

rey de Francia á las naciones agraviadas, lejos de producir efectos favorables habia exacerbado mas el enojo de los soberanos, y aproximado el instante del rompimiento. Levantábase gente en la Inglaterra, tomábanse precauciones en Italia, hacíanse aprestos de guerra en el imperio, mandábanse por la Holanda emisarios á la Andalucía para sublevarla; por todos lados se veían por último síntomas infalibles de una lucha sangrienta próxima á comenzar.

La España entre tanto no presentaba aspecto mas lisongero: el sistema adoptado por el jóven príncipe no habia correspondido á los deseos manifestados por Luis XIV al prohibir á sus cortesanos que pisasen nuestro territorio. Habia inundado á Madrid una muchedumbre de franceses aventureros, y se notaba en el gobierno cierta inclinacion á colocarles que ofendia á los naturales. Ni podia menos de suceder así, cuando á todos constaba que nada se hacia en palacio sin el visto bueno del embajador Harcourt, y que venían á menudo repetidas instrucciones de la córte de Paris que eran cumplidas como mandatos. A la par con estos nuevos motivos de exasperamiento y de ira, tenían otros los adictos á la casa de Austria, que no eran de cierto ni tan justos ni tan honrosos, pero que sabían beneficiar en provecho de su bandería. Deseoso el cardenal Portocarrero que continuaba siendo uno de los principales agentes del gobierno, de inaugurar las reformas que la nueva dinastía se habia propuesto, y de que efectivamente habíamos menester; comenzó por suprimir algunas de las muchas plazas que habia sobrantes en las secretarías, y como las supresiones creaban descontentos, y los enemigos del partido reinante no escaseaban los medios para atraerles á su comunión política, hacíase esta mas numerosa é inponente de cada instante.

Las provincias por otra parte, aquellas provincias que ya presentamos en nuestros artículos anteriores como prin-

cipal esperanza de la casa de Austria, agitábanse impacientes aguardando el momento de la pelea. La coronilla de Aragon principalmente, enemiga mas irreconciliable de la nueva raza, á medida que iba desplegando su sistema, organizaba en secreto á sus afiliados y preparábase para oponer una resistencia desesperada en el caso de ver menospreciados sus antiguos fueros. No faltaban entre los catalanes y valencianos algunas personas de fibra mas ardiente que opinaban porque se procediese á la proclamacion del archiduque Carlos, sin aguardar á que el nuevo gobierno se aprestase para el combate; mas estrellábase su impetu y apagábase su acaloramiento ante el sesudo dictámen de los magnates de ambos reinos, que no querían ser los agresores con el objeto de presentar á su tiempo con mas apariencias de justicia su proyectada batalla, seguros de que la córte de Madrid les daría bien pronto motivos robustos capaces de legitimarla.

Próximo estaba en efecto el día terrible para España en que se tocase la cuestion que habian señalado las provincias como *casus belli*: anticipóla el celo de algunos grandes, que viendo el descontento que reinaba en toda la monarquía trataron de adormecerle aconsejándole á S. M. que juntase Córtes para que le prestasen el juramento de costumbre y procediesen luego á la reforma de los abusos. Contábase en este número el marques de Villena, que mas arrojado que sus compañeros tuvo el atrevimiento de representar al gobierno á favor de la indicada convocacion, y de motivar su representacion alegando lo mucho que importaba que fuese jurado el rey por los procuradores de las ciudades; lo útil que sería reconocerles sus antiguas leyes, y la urgente necesidad que existía de formar otras varias acomodadas á las circunstancias.

Cualquiera que considere que era Felipe V el nieto de aquel soberano, que no contento con haberse hecho su-

perior á la iglesia, le habia arrebatado al parlamento de su monarquía toda la influencia que habia tenido hasta su tiempo, cualquiera que recuerde que no satisfecho aun Luis XIV con ser el monarca mas absoluto de la Europa, habia querido derribar la Constitucion de la Gran Bretaña socorriendo repetidas veces con armas y dinero al rey Santiago, conocerá desde luego que, siendo gobernado nuestro gabinete por su influjo, no podia menos de rechazar con todas sus fuerzas la proposicion de juntar Córtes. Y ¿cómo no habia de ser asi, cuando por otro lado el pensamiento capital de la escuela política, representada por nuestro soberano, era la *divinizacion* de la monarquía? ¿era ni siquiera posible que los prelados españoles que estaban dispuestos á luchar con la córte de Roma para sacudir el yugo que habia pesado sobre la casa de Austria, cediesen á las pretensiones de los que querian entorpecer la accion del gobierno por medio de los procuradores?... El cardenal Portocarrero y el partido político que le tenia á su frente no tanto se habian declarado á favor de los Borbones por reemplazar una raza enferma y debilitada, con otra que se ostentaba entonces lozana y vigorosa, cuanto porque esta raza significaba en aquella época *la monarquía de derecho divino*. El cardenal Portocarrero pues y sus compañeros contestaron á la representacion del marqués de Villena lo siguiente:

Que no convenia remover en tiem-

po tan turbulento los ánimos, y esponerse á que entendiesen los pueblos lo que pueden cuando se juntan: que el trono se encontraba como en un entre paréntesis, mientras estaban reunidas las Córtes, y que los príncipes eran mas venerados vistos de lejos y sin dar ocasion á disputas sobre privilegios ó fueros, que no eran otra cosa que enflaquecimiento de la autoridad soberana: que la reunion de los representantes de las ciudades era ademas como una feria abierta á la ambicion, á la que acudian á comprar mercedes los menos dignos y los mas insolentes: que el segundo juramento no obligaria mas que el hecho durante la proclamacion; y que si se establecia como requisito esencial el reconocimiento solemne de los reinos por medio de los diputados, se creerian luego aquellos con derecho á oponerse á cualquier decreto que no hubiese seguido los mismos trámites: que era por último un error grave pensar que los pueblos se prestarian voluntariamente á la imposicion de nuevos subsidios, siendo cosa cierta y constante que siempre se les veia mas inclinados á sacudir todo impuesto que á reconocer los ya establecidos.

Tal fue la contestacion dada por el consejo á los que pretendian la convocacion de Córtes: basta leerla una sola vez para conocer al momento que no se tenian en aquella época ideas muy inexactas sobre el carácter que distingue á las reuniones populares.

Pedro Sabater.

SOBRE LA ABOLICION DE LA PENA DE MUERTE.

Segundo discurso pronunciado el 17 de abril de 1837 en la sesion anual de la sociedad de la moral cristiana por Mr. Alfonso de Lamartine.

Aunque circunstancias con cuyo recuerdo es inutil afligir de nuevo á los que me oyen, hayan hecho prorogar

para otro año el premio ofrecido por la Sociedad á las memorias sobre la abolicion de la pena de muerte; con-

tinuáis sin embargo vuestra obra; solicitando de todas las fuerzas de la inteligencia y de la conciencia de vuestra época que concurren con vosotros á trabajar por la abolicion de la pena de muerte. En todos los ángulos del mundo civilizado hay quien se asocie á vuestros piadosos deseos; se os dirigen votos, se dirigen á las cámaras legislativas, se dirigen hasta al cielo mismo pidiendo esta rehabilitacion *de nuestros códigos*, en los que tanto mas brillará la santidad de la justicia, cuanto mas se haya borrado de ellos la sangre. Pero al paso que tantas voces os responden sí; otras muchas, siguiendo los impulsos de su conviccion y de su conciencia, esclaman no; vuestra empresa es una blasfemia contra la ley de Dios y un atentado contra la sociedad.

Desde el dia en que, en este mismo recinto, premiabais las numerosas memorias debidas al concurso europeo, convocado por vosotros, algunas de las que os conmovieron de tal suerte que, si hubieseis sido una asamblea de legisladores, hubieseis abolido la pena de muerte, como debe serlo, por un generoso movimiento de magnanimidad y de entusiasmo; desde aquel dia, solo los adversarios de la abolicion de la pena de muerte, como si hicieran el último esfuerzo, han levantado su voz; y, pesar causa el decirlo, la prensa periódica, esta prensa cuyas ideas y sentimientos deberian caminar siempre delante de la legislacion, como el niño que corre delante del tirador para ponerle el blanco y esperarle; esta prensa, demasiado lenta y tímida en esta sola ocasion, no ha presentado contra nosotros sino las obgecciones de la duda ó los murmullos de la sociedad alarmada. Entre estos murmullos, entre estas obgecciones, hay algunas que solo merecen desden, porque no son sino el eco del miedo, ó de la supersticion de lo pasado; pero hay otras que por la sinceridad de su duda, por la importancia de sus motivos y por

la dignidad en el modo de espresarse merecen toda nuestra atencion y una respuesta llena de cordura y de respeto. A esta clase pertenecen las de un jóven é instruido procurador general, Mr. Hello, que nos ha combatido como gran magistrado y gran escritor (1). Entre tales adversarios y nosotros jamás habrá otro ódio que el que naturalmente existe entre un error y una verdad; y aun este error y esta verdad no distan mucho entre sí, porque el error en tales hombres es tan santo en sus motivos y tan humano en sus deseos como la verdad. Permitidme pues que discuta un momento con un adversario, á quien me tendria por muy dichoso en convencer, y cuya alma y corazon estan ya de nuestra parte. Solo me detendré en deshacer las dos ó tres principales obgecciones que nos hace: son de aquellas que la opinion pública guarda como su última áncora para resistir al torrente que la impele á pedir con nosotros la abolicion de las leyes de sangre.

¿De qué nos acusa en primer lugar? ¿de querer destruir la justicia? ¡la justicia! ¿acaso está en nuestras manos destruirla? ¿la hemos hecho nosotros? ¿la han escrito nuestras leyes? ¿podria alguno decirnos quien ha inventado la justicia? ¿podríamos acaso escudriñando los antiguos fastos del género humano llegar á descubrir un dia en el que la justicia no existiese ya en el lamento del oprimido, en el remordimiento del malvado, en el código indeleble escrito en el corazon y del que se han derivado todos los demas. Tranquileémonos, no destruiremos la justicia. ¡Ah! si algo pudiese destruirla, serian quizá los juicios humanos; pero abolid todas las penas y ella las reemplazará; borrad todos los códigos y ella los suplirá. Ella no necesita de códigos

(1) Mr. Hello, procurador general en el tribunal real de Rennes, habia contestado al primer discurso de Mr. de Lamartine en un artículo publicado en la *Gaceta de los Tribunales* el 25 de mayo de 1836.

porque es la ley viva é inmortal; ella no necesita de verdugos, porque es el vengador supremo, que se halla presente en todas partes: no es dado al hombre el prevalecer contra ella. ¿No han dicho todos los pueblos: *la justicia de Dios?*

¿Pero qué es, según nuestros adversarios, la justicia penal? la espacion, dicen ellos. La espacion, añade Mr. Hello, *es la que constituye la legitimidad de la pena de muerte.* Si nuestros adversarios entienden así la penalidad, no nos admira ya el vernos separados de ellos por una cuestion de vida ó muerte, por un verdugo, por un cadalso. Hay entre nosotros un abismo abierto por el error ó por no entendernos.

Pido un momento de atencion al auditorio; voy á responder á Mr. Hello. ¿Decis que la justicia penal es la espacion? Os lo concedo si quereis hablar de la justicia en sus relaciones con Dios. Siendo Dios la justicia suprema, el juez infalible, el que pesa con una balanza infinitamente justa, el que cuenta hasta un cabello caido de la cabeza para pedir cuenta de él y restituirle, solo con respecto á él, solo ante él, solo por él, puede decirse que la justicia es espacion; es decir, que pide al culpable arrepentimiento y reparacion en una proporcion rigurosamente igual, del crimen cometido y del daño causado. En el orden, pues, religioso y sobrenatural, la justicia es en efecto la espacion; y ese arrepentimiento que rehusa absolverse á sí propio, esas penitencias, esas reclusiones, esas maceraciones voluntarias que en todas las religiones se impone el culpable para justificarse á los ojos de su juez invisible, no son sino la manifestacion instintiva de esta justificacion por medio de la pena. ¿Pero sucede lo mismo en el orden puramente social? La justicia en cierto sentido es tambien en él una espacion, porque la sociedad dice al culpable: sufrirás en público, en tu libertad, en tu al-

ma, en tu cuerpo, para que tu sufrimiento sirva de ejemplo á tus hermanos y conserve entre los hombres la idea visible de esta remuneracion *«á cada cual según sus obras»* que se llama *pena* aqui bajo, y *justicia* solamente allá en lo alto. Mas esta espacion del culpable con respecto á la víctima no podia ser sino ficticia y aproximativa, porque no pudiendo reparar, ni indemnizar realmente, sigue que es ilusoria, y que en ella no consiste principalmente la justicia penal. La justicia penal tiene tres objetos: indemnizar á la víctima, corregir al culpable, y defender á la sociedad contra las tentativas ó las reincidencias del crimen.

He aqui las tres condiciones constitutivas de una justicia penal digna de Dios, del tiempo y de los hombres.

¿Indemnizar á la víctima? En los casos de homicidio no lo puede conseguir con la pena de muerte. Toda la sangre que derrame no podrá restituir una sola gota de la derramada por el asesino.

¿Corregir al culpable? Si lo mata no puede conseguirlo. La cuchilla que hiere al cuerpo, no alcanza al alma. Quitando la vida y el tiempo al criminal, le quita el único medio de arrepentimiento y de regeneracion moral, con la que pudiera reparar ante los hombres el daño que su perversidad les hizo.

Defender á la sociedad de las tentativas ó reincidencias del crimen, he aqui la única excusa y apoyo de la pena de muerte. Toda la cuestion está reducida á saber si la sociedad tiene necesidad de ella para su defensa. Esta fue la cuestion que examinamos el año anterior (1), y que resolvimos hasta la evidencia demostrando:

1.º Que el sustituir la sancion penitenciaria á la sancion del cadalso era tan eficaz y menos inhumana que la sangre derramada por el verdugo.

(1) Véase el discurso inserto en el número 3.º página 118.

2.º Que el dogma social de la inviolabilidad de la vida humana, consagrado por la legislacion, para no ser quebrantado ni aun por ella misma, era la mas poderosa sancion que la sociedad podia dar á la vida del hombre con su propio egeemplo, aumentando el horror del crimen por el religioso respeto de la sangre.

3.º En fin, que la sociedad, instituida, armada, fortificada por la civilizacion, la religion, la enseñanza, las buenas costumbres, las leyes, los tribunales, la policia judicial y administrativa, las prisiones penitenciarias, las colonias penales, los presidios, los destierros, las deportaciones, la opinion, la publicidad, tenia, asi en medios morales como en medios materiales, una fuerza mas que suficiente para repudiar ya una pena, que habria podido parecerle legítima mientras la creyó necesaria, pero que se convertia en criminal desde el momento mismo en que llegaba á dudar sobre su necesidad.

Entonces lo dijimos y es forzoso repetirlo. ¿Qué deberemos juzgar de una pena irreparable que el juez pronuncia dudando, cuyo egecutor es mirado con horror y desprecio por la opinion pública, y que no puede lavar la sangre sino con sangre? ¿Cómo llamaremos á una duda de la cual está suspensa el hacha del verdugo, y que no puede desatarse sino despues que la cabeza ha rodado por el cadalso? Abandono estas pruebas á vuestros recuerdos, y paso á otro orden de obgecciones.

Quereis, se nos dice, constituir una justicia penal sin sangre y olvidais que todos los legisladores, todas las naciones, *todas las épocas no han escrito la muerte en sus códigos sino por un instinto innato de justicia*, que se ha llamado la ley del talion; ojo por ojo, diente por diente, vida por vida: y nosotros podriamos añadir, crimen por crimen. No, no lo olvidamos; pero decimos que esta ley del talion que vosotros teneis por una ley eterna, y que

las legislaciones primitivas han tenido por una revelacion divina, solo era una ley de cólera, una ley de ignorancia, una ley de instinto brutal, la ley del brazo que se alza y hiere porque han herido. Esta ley fue una especie de satisfaccion legal concedida en la infancia de las instituciones humanas á la necesidad de venganza que el hombre experimenta; y la ley que nosotros pedimos es la satisfaccion dada á la humanidad y á la razon: y si nos replicais que estas son bellas pero vanas palabras; que siendo el talion el grito de la naturaleza, no puede engañar al legislador, y que es necesario convertirlo en ley penal, como lo habeis hecho hasta ahora; os responderemos que la obra de la perfeccion y espiritualizacion de las sociedades humanas no es mas que el triunfo de la razon sobre el instinto, del espiritu sobre la carne, de la mansedumbre sobre la pasion; y que esta ley del talion, esta ley que hiere donde han herido, que hace el mal que han hecho no es la justicia, sino la pasion brutal de la justicia; es decir la venganza.

¿Quereis juzgar del árbol por su fruto? ¿de la ley por sus consecuencias? Pues oid:

Se ha cometido un asesinato: la antigua ley del talion llama al pariente mas cercano de la victima y le dice: mata al asesino. Ved aqui dos vidas humanas perdidas por una; ved aqui la sangre que corre dos veces en lugar de una; ved aqui el horroroso y depravante espectáculo de la muerte dada á sangre fria, que pervierte las inclinaciones y turba la conciencia del pueblo; ved aqui el dogma de la inviolabilidad de la vida humana dos veces atacado, dos veces violado en lugar de una á la vista de los hombres. Tras de este asesinato legal quedan la familia, los amigos, los hijos quiza del primer asesino. Aunque el ultimo asesinato se haya cometido en nombre de la justicia, ellos conocen al hombre que ha pedido y obtenido la

vida de su padre, guardan la venganza en su corazón, le acechan, le matan: este es su talion. Una nueva venganza es necesaria y la ley la concede: ved ya tres homicidios encadenados al primero y derivados de él. ¿Dónde acabarán? No se ve razón alguna para que la muerte y la venganza de la muerte, y la venganza de la muerte se detengan; y de talion en talion, uno legítimo sin duda y sancionado por la ley, otro ilegítimo y motivado por la venganza y el odio, el hombre matará al hombre que haya muerto á otro hombre, y será muerto por el hombre, que á su vez tendrá otro asesino y otro vengador, hasta que el asesinato, legal ó ilegal amontone una horrosa multitud de cadáveres, siendo cada crimen el motivo de otro asesinato, y cada asesinato el pretexto de un nuevo crimen. Ved sino las naciones donde el talion ha llegado á arraigarse en las costumbres. Yo pregunto á los glorificadores del talion: ¿tal ley puede ser una ley divina? ¿puede ser una ley social?

En nuestro sistema por el contrario, ¿qué sucede? se comete un crimen, hay un asesinato; el culpable es cogido y juzgado; la sociedad le impone una pena que satisface á la moralidad pública sin conceder nada á la venganza individual, y que precave para siempre toda reincidencia de parte del criminal. Si tiene derecho sobre su vida, se la perdona magnánimamente; y sentenciado el criminal todo queda consumado, todo concluye. No se hace nacer la muerte de la muerte, ni brotar la sangre de la sangre para eternizar la venganza; la sociedad no dice al hombre como la ley brutal del talion: haz á los demás el mal que ellos te han hecho. Ella le dice como el divino legislador del perdón cuyo código ilumina todos nuestros códigos: vuélvese bien por mal: ¿han muerto á tu hermano? no pidas la sangre de su asesino sino perdónalo. Vuelvo á preguntaros: ¿cuál de estas dos leyes es la ley de

Dios? ¿cuál de estas dos leyes merece ser la ley de los hombres? mil veces lo habeis ya juzgado.

Pero no es la convicción lo que falta á la sociedad política, es el valor. El mismo escritor lo confiesa.

Quereis, nos dice, hacer una experiencia cuyo error no llega á conocerse sino rodeado de cadáveres y atormentado de remordimientos. Abririais el abismo donde la sociedad tiene encerrado el homicidio.

¡Ah! cuán fácil nos sería responder con una merecida pero sangrienta ironía á estas amenazas de espantosa responsabilidad, si abriendo con una mano el código de las penas y con otra los archivos del crimen, hiciésemos ver con este repugnante paralelo que las penas atroces, el infernal genio de los suplicios, los tormentos, las hogueras, las ruedas, los potros no han disminuido ni en uno solo el número de homicidios. Mostradnos, podríamos decir á nuestra vez, á estos escritores que nos amenazan con el peligro de la humanidad, con la responsabilidad de la indulgencia; mostradnos en qué datos os fundais para cargar con la responsabilidad de la muerte. Por nuestra parte os respondemos de dos maneras: con hechos y con razones. Los hechos os prueban que los crímenes contra las personas se aumentan tan poco por disminuir la intimidación y el horror de los suplicios, que habeis abolido todos los suplicios cien veces mas temibles que la muerte para la imaginación de los criminales, sin que por ello haya habido un exceso de homicidios, un aumento conocido en el número de crímenes. Los hechos os prueban que la pena de muerte ha sido abolida muchas veces por largo espacio de años en pueblos mas numerosos y de costumbres menos apacibles que las vuestras, y el número de los crímenes ha bajado en lugar de subir durante estos raros jubileos de la humanidad; que la feliz Toscana, confinando con países donde el homicidio es en cierto modo endé-

mico, y el inmenso imperio de Rusia formado de poblaciones nuevas, diversas, bárbaras, han visto tras la abolición de la pena de muerte abolirse también casi enteramente el homicidio; que la pena de muerte no se ha restablecido después de estas felices y convincentes experiencias por la necesidad de contener la nueva audacia del crimen, sino por pasiones políticas ó por el feróz fanatismo de la rutina. Estas pruebas serían sin duda de algún valor para tranquilizar á la sociedad ante quien se alega el miedo con razón. Pero la lógica nos tranquilizará aun más que los hechos.

No temo asegurar, después de un maduro exámen de la estadística moral del homicidio, que por cada diez homicidios cuyas causas analizemos, hallaremos ocho en los que el temor de la pena de muerte es completamente ineficáz como medio de represión; es decir, en cuya perpetración no se tuvo en cuenta el peligro á que por ello se esponían, y con respeto á los que la pena de muerte es por tanto como si no existiese.

¿Cuales son, en efecto, las principales causas del homicidio? La cólera, la venganza, los celos, el ódio, el fanatismo religioso, el fanatismo político, la codicia y el temor de ser descubierto, que impele á matar para ocultar un crimen menor con otro mayor. Ahora bien, leed las relaciones de vuestros tribunales, asistid al drama revelador de los procesos, descomponed los elementos constitutivos de los crímenes, penetrad hasta el fondo del alma del criminal, ved sus pensamientos en el momento de cometer el crimen ó en el de la premeditación febril que le precede, decidle que os explique, que se explique á sí mismo la naturaleza y la fuerza de la impulsión que le arrastra á cometerle; comparad esta fuerza de impulsión brutal, ciega, frenética con la fuerza de resistencia que el temor de la muerte puede oponer á su pensamiento ó á su

mano: ¿en qué proporción hallareis la impulsión y la resistencia? El pensamiento del crimen presente, ocupando todas las potencias, devorando el alma, y el pensamiento del suplicio lejano, incierto, apenas percibido. ¿Es la cólera? Entonces el hervir de la sangre embriaga el pensamiento, turba el cálculo, y la vibración física de los nervios rompe cualquier obstáculo; se descarga el golpe antes de conocer que la pasión ha armado y alzado el brazo. ¿Son los celos? Entonces hay dos pasiones confundidas en una, el amor y odio de tal manera mezclados en una horrible lucha, que no se sabe si es el amor ó el odio quien descarga el golpe y que multiplicándose cada una de estas pasiones por la otra producen tal extremo de delirio que el hombre aborrece lo que adora, y adora lo que mata. Recordad al insensato poseído de este doble frenesí que hay una pena de muerte; ¿qué le importa! ¿no se mata á sí mismo mil veces matando á aquella sin la que ni puede ni quiere soportar la vida? ¿Es el odio? ¿Mas cuando este llega á convertirse en una antipatía delirante, y por decirlo así física, no se satisface á toda costa? ¿Es la venganza? Su primera exclamación es: «me inmolo yo mismo por lograr el horrible placer de inmolar á mi enemigo.» ¿Es la ambición? Ve la impunidad en su triunfo y el buen éxito de su crimen es su escudo contra la pena. ¿Es el fanatismo político? Ve su inmortalidad en su suplicio y su falsa y atroz gloria en el cadalso. Si no le hicierais subir á él, se tendría por envilecido. ¿cómo quereis que le tema? ¿Es en fin el fanatismo religioso? Ve el cielo por recompensa, y llama martirio á su suplicio; el precio que espera es infinito ¿cómo quereis que lo pese en la misma balanza que una muerte que solo le hace padecer un segundo y le conquista una eternidad. Ya veis, pues, como en ninguno de estos crímenes, cuando la pasión que los produce llega ó aquel grado de delirio que es el crimen mis-

mo, la pena de muerte no puede obrar ni obra realmente como intimidacion represiva y específica, porque todas estas pasiones son mas poderosas que la misma muerte; y porque no existe proporcion entre la impulsión al crimen y la pretendida intimidacion del criminal. El equilibrio entre la pena y la pasion está roto de antemano, si no lo estuviese la pasion no tendria la fuerza del crimen, no seria pasion, el crimen no se consumaria.

Solo quedan los crímenes cometidos por codicia. Mas la codicia no es de suyo una pasion intrépida y homicida. Las pasiones sociales son menos enérgicas y atroces que las pasiones naturales. La cobardia, la hajeza, la astucia que las caracterizan les hacen producir mas vicios que crímenes. Sin embargo, una parte de los crímenes contra las personas nacen de la codicia. Convenimos en que la pena de muerte puede intimidar muchas veces en estos casos. Pero aun en estos mismos casos, ¿no sirve muchas veces de incentivo? ¿el criminal que ha robado violando el domicilio y violentando las personas, no pasa muchas veces á cometer el homicidio solamente para quitar toda posibilidad de ser descubierto? Asi nos lo enseña no solo la naturaleza y el análisis del crimen sino la misma confesion de un gran número de culpados.

¿Qué resulta de esta anatomia de las pasiones homicidas? Que la pena de muerte puede intimidar eficazmente en los casos de homicidio por codicia, aunque en estos mismos casos puede tambien impeler muchas veces á la consumacion del asesinato; pero que en casi todos los otros casos de homicidio por pasiones, la intimidacion no puede obrar. Es decir que en cada diez casos de homicidio hay ocho en los que la pena de muerte es inútil, y dos en los que su efecto es incierto.

¡Y por tan débil y dudoso resultado os obstinais en mantener una pena que derrama la sangre como si fuera agua,

que deprava los sentimientos, que acostumbra la mano y el instinto del pueblo al homicidio, y le quita, en cuanto puede, el previsor é instintivo horror que la naturaleza le ha inspirado hácia la muerte violenta! Decis que temeis la esperiencia; pero acaso teneis en nada como preservativo y como medio de moralizacion, por el poder del ejemplo, la magnífica resolucion de los legisladores de un gran pueblo, que para consagrar el dogma de la inviolabilidad de la vida humana rompiesen la espada y digesen al pueblo: ¡Mirad! la sangre del hombre es tan sagrada que nosotros que tendriamos derecho y poder para derramarla en espacion, nos abstenemos para siempre de derramar ni una sola gota, aun de la del mismo criminal. La vida del hombre no pertenece á nadie; ni á vosotros, ni á nosotros, ni al homicida, ni al juez del homicida; solo pertenece á Dios. ¡Ay de aquel que atente contra esta propiedad del solo autor de la vida! ¿Qué es pues la vida humana, se preguntaria a sí mismo entouces el homicida, que la humanidad entera la respeta?

Y sin embargo, señores, no nos dejemos halagar por la ilusion. El crimen no desapareceria de la tierra, solamente seria mas cobarde y mas odioso. Aumentando el horror hácia el criminal, ¿no hariais perder su popularidad al crimen? ¿no lo hariais cada vez mas raro? Al menos no vendria al pie del cadalso la piedad hácia el culpable á disminuir la execracion que escita el asesino. El crimen no desaparecer.a, pero ya no seria crimen. El crimen no desaparecerá jamás de la tierra, mientras el fuego de las pasiones que el Criador encendió para calentar y fecundar la naturaleza humana, se nutra con los elementos incendiarios que la sociedad arroja en el corazon del hombre. El crimen no desaparecerá de la tierra mientras la sociedad no sea perfecta; es decir, que durará tanto como ella. ¡Lejos de mí

la despreciable idea de blasfemar de la sociedad! ¡Lejos de mí el pensamiento de imputar al orden social la responsabilidad de todas las perversidades que le afligen y deshonran! Si los atrevidos demoleedores que en tan poco estiman la obra de los siglos, y que quisieran echar por tierra hasta la última piedra de este edificio de las legislaciones humanas para reconstruir con arreglo á sus pasiones ó á sus sueños, meditasen sobre lo que deben á esta sociedad á quien calumnian; si se preguntasen á si mismos ¿qué seríamos sin ella? ¿qué seríamos si no hubiesemos hallado preparadas por ella ni la paternidad, ni la familia, ni el estado, ni la religion, ni la propiedad, ni el trabajo, ni la herencia, ni las tradiciones, ni las costumbres, ni las leyes, ni la enseñanza? su rebeldía se trocaría en respeto y sus invectivas en reconocimiento. Mas no por esto pretendemos disimular que los vicios, la ignorancia, el egoísmo de la sociedad son en gran parte causa de los crímenes que la manchan; que reformándose ella misma podría reformar á sus miembros; que dando entrada en sus códigos á una sola virtud del cristianismo, la caridad, suprimiría mil veces mas crímenes que espantando con los cadalsos. ¿A qué pues tanto vacilar? ¿Por qué la muerte, que hería doscientas veces en tiempo de la restauracion, no ha herido sino veinticinco veces en 1835? ¿por qué cuando la repugnancia del pueblo rechaza de arrabal en arrabal el instrumento de muerte, que no halla sitio donde le quieran recibir; por qué hemos de continuar preconizando la muerte como un dogma, el cadalso como un altar, y al verdugo como un espiador público? ¿Acaso la sociedad es una divinidad mas implacable que aquellos dioses sanguinarios á los cuales inmolvaban otras veces víctimas humanas, y que no os han exigido mas desde que tuvisteis la audacia de rehusarlas? ¿Por qué así? ¡Ah! porque á la ley penosa del trabajo se halla sujeto el es-

píritu lo mismo que el cuerpo; porque la sociedad no se modifica sino con el sudor de su frente; porque falta á los pueblos la confianza generosa á que se deben las grandes acciones, faltándoles la fe en la asistencia de aquella providencia social que solo les pediría una virtud para que pudieran hacer milagros; porque la verdad cuando quiere introducirse en el mundo, halla siempre un error ó una preocupacion que á cara descubierta la combate; porque Galileo tuvo que sufrir el destierro y los calabozos para demostrar una verdad astronómica que á nadie perjudicaba, así como Jesucristo se vió obligado á pasar por el sepulcro para echar al politeísmo y la esclavitud de este mundo adonde venia á predicar á Dios y la caridad.

Esto nos muestra, señores, que debemos trabajar sin desaliento y sin impaciencia en la obra santa que hemos emprendido, en la que tantas nobles simpatías os ayudan y sostienen. Hay en la tierra dos clases de errores contra los que tienen que luchar las innovaciones. Unos que se hallan ligados con intereses materiales: estos jamás ceden por sí mismos; los combates necesarios para vencerlos se llaman revoluciones, y las revoluciones á su vez, casi nunca se contienen en los límites de la justicia. Los otros son preocupaciones, supersticiones de nuestro pensamiento, que solo tienen sus raíces en nuestra ignorancia, y que solo necesitan para caer un rayo de luz y un soplo de la palabra del hombre. El error que combatimos pertenece á esta última clase. El borrar de las leyes la pena de muerte á nadie dañará sino al verdugo. Nadie reclamará la horrible propiedad del cadalso: este será el campo de sangre que nadie quiso comprar ni sembrar. Para derribar la máquina de muerte que consterna con su sombra al mundo no necesitamos del hacha de las revoluciones; ella se desquiciará al débil impulso de nuestras palabras y en medio de vuestros aplausos.

A. R. de C.

¿HAY UNA ESCUELA ESPAÑOLA DE PINTURA?

CONSIDERACIONES PRELIMINARES.

Para responder á la pregunta que encabeza este artículo, no tendremos presentes consideraciones de gran peso para algunos escritores de estética, sino que partiremos de muy diversos principios. No faltará quien estrañe que se ponga en duda la existencia de una escuela nacional de pintura; pero aun á riesgo de parecer presuntuosos, nos hemos decidido á sostener, que en efecto tenemos nuestra escuela nacional, pero no por las causas á que generalmente se atribuye. Seducidos muchos hombres de talento por los encantos de la escultura griega, han buscado en la pintura la imitacion de su dibujo, y solo á este le encuentran perfecto. Habiendo aventajado la Italia á las demas naciones en facilidad de estudiar los modelos de la antigüedad, sus pintores han logrado pasar por los mejores dibujantes; y habiendo conseguido los flamencos y holandeses representar con su colorido las encarnaciones blancamente sanguinosas y brillantes de salud de sus compatriotas, se ha negado por muchos escritores franceses, que sea original nuestra escuela de pintura; y al examinar los cuadros del Museo español del Louvre, han afirmado que de la generalidad pudiera suponerse habian sido pintados en Roma, Venecia ó Amberes. Grave error, que demuestra la superficialidad de quien en él incurre, y que fuera de desear le hubiese combatido algun español. Y ya que nadie lo intente, séanos lícito volver por una de las glorias de nuestra patria, en tanto que con el caudal de conocimientos artísticos que nos faltan, se eleva por algun escritor inteligente el monumento que nuestros pintores reclaman con justicia.

Empecemos nuestro ensayo, espo-

niendo algunas consideraciones preliminares sobre el arte.

El arte no es en rigor, sino la idea. Por eso no se da ya á la espresion *arte del pintor ó del escultor*, la significacion que en lo antiguo; ni se veria sin disgusto que se agremiase á estos artistas, obligándolos á concurrir en corporacion á las procesiones de semana santa, unidos como en otro tiempo á los demas artesanos. La realizacion de la idea es una operacion mecánica, en la que la materia, rebelde muchas veces á la voluntad, no espresa fielmente la creacion de la fantasía del artista. Pero asi como es hasta cierto punto verdadera la teoría de Lavater, pues la repeticion en espresar un afecto, hace que nuestro rostro ostente las huellas de nuestras pasiones, y acuse las que principalmente nos conmueven; asi el pintor, cuya imaginacion es subyugada por ciertas ideas y ciertos sentimientos, llega á dominar su pincel y le obliga á obedecer á su intencion. Admitiendo este principio, nadie que sepa lo que es el pueblo español, y sobre todo cuál ha sido su organizacion social, y la manera que ha tenido de pesar en los destinos del mundo, dejaria de estrañar que nos faltase una escuela de pintura. Porque creemos con Mr. Buchez, que no puede haber creacion artística, sino *á priori*, ó lo que es lo mismo, en las épocas sintéticas de la humanidad, en que ésta se apasiona por ciertas ideas, medio único de hacer grandes cosas, y da salida á la exuberancia de sentimientos por medio de las artes, espejo fiel de sus afectos. ¿Cuál será, pues, el sello original de nuestros pintores? El que debe y no puede menos de ser en la nacion de Carlos V^o y de Felipe II, la nacion católica por es-

celencia; la que sostuvo su doctrina con la diplomacia, y con las armas contra la Europa septentrional; la que guerreó por ocho siglos con los árabes en una lucha de nacionalidad y de religion; la que en recuerdo de una gran victoria elevó por arco de triunfo ese monumento religioso de nuestras glorias artísticas y guerreras, el Escorial. Aun en medio de nuestras pompas no hemos considerado los españoles la religion como los italianos: ha sido entre nosotros el sentimiento religioso, si menos bello en su manifestacion por el culto y por las artes, mil veces mas severo y puro, no pocas sublimemente triste. No han buscado por lo tanto nuestros pintores ese bello ideal de las estatuas griegas, ese principio de simetria, esas líneas arquitectónicas, esa idealizacion de la forma humana, si puedo emplear esta espresion. Han buscado el idealismo en los sentimientos: en su dibujo han sido mas naturalistas. Esto se observa aun en los pintores, que como Luis de Vargas ó Juanes han estudiado en Italia, y en los que como Alonso Cano y Céspedes aprendieron por ser escultores el dibujo grandioso, regular, simétrico de la escuela romana. Pero dejemos el probar nuestro aserto, para cuando mas adelante comparemos algunos de nuestros mas eminentes pintores con los que en Italia ó Flandes han espresado los mismos asuntos en sus obras.

Si á la organizacion social atendemos hallamos nuevas razones para que sea original nuestra pintura. Las riquezas que el clero secular y regular acumuló le permitian dar nuevo pábulo al sentimiento religioso; y abandonado con la arquitectura llamada gótica, el idealismo cristiano, y sustituido por la elegancia y brillante claridad de los templos greco-romanos, entró la pintura á tapizar las paredes de nuestras catedrales con lienzos en que se admira la uncion religiosa, el rostro humano espresando las mas nobles pasiones, la penitencia enaltecida por su objeto.

La escultura y la pintura son entre las bellas artes las que se apartan mas de las necesidades materiales; y la observacion del carácter de las diversas escuelas, hace ver que los españoles han considerado la pintura como un medio de espresar el éstasis, la verdadera piedad, la pasion mística en fin, que con tanta fuerza obraba sobre ellos; asi como los demas pueblos han satisfecho sus deseos de placeres intelectuales con la representacion de los asuntos mitológicos. El hombre no imita bien sino lo que ama. Si en la imitacion de la naturaleza por las bellas artes busca el hombre en la arquitectura, la idea de lo finito y del órden con sus líneas y figuras geométricas, el círculo, el paralelógramo etc.; si la escultura queda tambien sujeta á representar asuntos limitados, la pintura es la que permite al artista espresar un poco mejor la idea de lo infinito, ya con la variedad en la viva espresion de los afectos, ya tambien engrandeciendo el espacio por medio de la perspectiva aerea. Y como el sentimiento religioso es hermano de la idea de lo infinito, de aqui, que hayan sobrepujado en perfeccion los pintores españoles á sus compatriotas escultores y arquitectos, y que Velazquez, amigo de su rey, colmado de honores, y viviendo en una atmósfera cortesana, si no ha espresado como otros españoles el sentimiento religioso, haya sobrepujado en la perspectiva á cuantos pintores han existido, hasta el punto de poder llamársele el *pintor del aire*. Si la idea de simetria es la que hace sentir la belleza, sin duda que nuestros pintores en general no han llegado al dibujo de las italianos; pero si buscando el tipo humano mas entendido en nuestro pais, le aprovechamos para hacerle representar el mas abstracto idealismo, ¿no denotará esto, al par que un gran estudio de las pasiones humanas, una elevacion de miras que con su espresion embellece los rostros mas vulgares? ¿No se dice que no hay rostro feo, si es amable? Nues-

tros pintores han sido excelentes naturalistas, porque han imitado despues de observar con profunda perspicacia cual era la belleza en el hombre: los flamencos han copiado sin eleccion la naturaleza, y los que entre los italianos han buscado un tipo ideal en las formas, han hecho que predomine el principio de la simetria. A nuestro parecer, esto ha dependido en gran parte de la introduccion en Italia de la escultura griega, y de la arquitectura greco-romana, que como hemos visto, son artes en las que la linea es el todo; y de que asi como la arquitectura cristiana murió con la de la edad media, la pintura cristiana murió tambien con la gótica, que tan seca y amanerada nos parece; pero que á pesar del envaramiento de las figuras ha conseguido dar á las cabezas una espresion sencilla y tierna, aun cuando la egecucion material deje tanto que desear. Ni es tan facil el representar con verdad la naturaleza. A uno de nuestros buenos pintores hemos oido que teme hacer un retrato, que sea parecido, y que al mismo tiempo pueda pasar por un buen cuadro, cuando ya no le abone el interés histórico, ni el de familia.

Nosotros no creemos, como algunos filósofos alemanes, que el arte es un hecho histórico, una experiencia legada por la civilizacion antigua; á menos que no se tenga, en cuanto á la pintura, por la exageracion de los caracteres físicos de la raza semítica, y en arquitectura por la copia, á veces poco inteligente, y hasta impropia (por la diversidad de hábitos y clima) de la arquitectura griega.

Difícil es definir la belleza, porque se esplica de tantas maneras cuantas se siente. Es cierto que no hay belleza esclusivamente física, y Sulzer tiene razon al afirmar que no consiste solo en la regularidad de las facciones, sino principalmente en la espresion del sentimiento moral de perfeccion de que la forma no es mas que la cubierta.

Pero la influencia de las bellas artes, de la pintura en particular, sobre la sociedad debe considerarse tambien bajo el punto de vista moral y político. Echase esto de ver en España, en donde la pintura ausilió la religion en su tendencia civilizadora, asi como en la Grecia contribuyó la escultura á hacer muelles las costumbres. Y asi es, que sintiendo un gran vacio la sociedad actual con la falta de creencias religiosas, quiere llenarle, creyendo; y para conseguirlo invoca la ayuda del arte, que nos guiará al sentimiento religioso, asi como en tiempos pasados fue su reflejo. El estudio de los monumentos religiosos ha reanimado entre nosotros el sentimiento y el gusto del arte cristiano, sentimiento del que no ha tardado en sacar ventajas el cristianismo. Aprendiendo á comprender, á admirar nuestras iglesias, easi hemos llegado á ser justos y cariñosos para con la fé, que las elevara. Un poco sutil es esta vuelta á la religion, vuelta, á pesar de todo sincera, y que no hay que desdeñar. «El arte devuelve asi á la religion algo de lo que de ella recibiera.» (1) Pero lo cierto es, que en el dia no se cree como antes, y que los sentimientos que se experimentan en las iglesias, mas que religiosos son artisticos. De aqui, que las pocas obras que se egecutan sean producto de un arte materialista y pagano, no solo en España sino tambien en Italia y Francia, y únicamente, al parecer, la Alemania cuenta un Over-reck, que con sus discípulos conserve las tradiciones de la antigua pintura religiosa. Porque, lo repetimos, nadie imita bien, sino lo que ama. Asi en la córte del Regente, y de Luis XV en Francia no podia dejar de existir un pintor como Boucher, agradablemente licencioso.

Nosotros no tomamos pues la pala-

(1) Discurso de Mr. Guizot á la Sociedad de anticuarios de Normandía.—Agosto de 1837.

labra escuela, en su significacion del lugar donde se enseña á los discipulos, y por lo tanto no dividiremos la escuela española, como otros hacen, en las tres secciones de valenciana, sevillana y madrileña; ni tampoco en la de enseñanza, ni en la de discipulos unidos con cierta doctrina, porque entonces, creemos que no habria ninguna escuela nacional en Europa, sino un número bastante crecido de particulares, tantas como el número de profesores de nota que han contado con discipulos, que siguieron su manera. Parece-nos mas filosófico, buscar en el dibujo, en el colorido, en la perspectiva, y acierto en profundizar las lontananzas, medios solos para el gran fin de la expresion. En esta, por lo tanto, buscaremos la escuela. Entonces su número se limitará al de los pueblos, que han existido con pasiones enérgicas, unidas al grado de cultura necesario, para ansiar los placeres de la imaginacion, y á una organizacion social que haya causado el desarrollo del arte. Esta última observacion la creemos importante. ¿A qué debe el Egipto, sino á su organizacion sacerdotal, esos monumentos gigantes, á cuyo lado todos los de los modernos son como edificios levantados por pigmeos, que solo buscan lo agradable, lo lindo, cuando ellos buscaban lo grandioso, y sublime?

Escritores profundos achacan á la democracia, la muerte del idealismo en las bellas artes, en el dibujo sobre todo, y Tocqueville, por ejemplo, llega hasta decir que en los siglos aristocráticos, herida la imaginacion del artista por espectáculos brillantes, y trabajando para los grandes, imprime á sus obras el sello de la belleza, y sin estudiar afanosamente, como los pintores de ahora la anatomía, llega como Rafael, no á ser naturalista, no á copiar al hombre, sino á embellecerle, á mejorarle. En paz sea dicho de tan distinguido escritor. Parece-nos su teoria en gran manera ingeniosa, y solo hasta cierto punto verdadera. ¿Qué pintor

ha sido menos idealista que Rubens? ¿Y cuál ha vivido una vida mas aristocrática, siempre entre reyes, diplomático al mismo tiempo, que artista, y proporcionándola sus riquezas, medios de satisfacer las necesidades de su fogosa imaginacion? ¿Y no era aristocrática la organizacion de nuestra sociedad bajo Felipe IV? ¿Nuestros grandes, imitando al soberano, no eran artistas? ¿No formaban colecciones y disputaban sobre cuadros y estatuas; asi como en el dia se disputa sobre caballos ingleses, y se compran las horribles figuras de china francesa? Pues á pesar de esto, ¿cuántas Venus pintó Velazquez, ademas de la de la duquesa de Alba? ¿cuántos cuadros de mitología?

Pero dejando á Velazquez, genio aparte, y el menos propio para apoyar nuestra opinion, ¿cuántos cuadros de los capitales, de Juanes, Vargas, Ribera, Murillo, Cano, Zurbaran son de asuntos profanos? ¿Los cuadros de historia de Carducci, Cajés, Leonardo &c. &c., los adornos del palacio antiguo de Madrid por Claudio Coello, ó Sebastian Muñoz, los del Pardo, y otros han sido obras que hayan logrado la fama de los cuadros mitológicos del Ticiano, del Veronés, del Guido, ó del Albano, por ejemplo? En esta diferencia está la originalidad de nuestros pintores; que si á la egecucion de sus cuadros fuéramos á buscarla no la hallariamos, porque su colorido y su dibujo se resienten de los de las escuelas en que estudiaron, si se esceptúan algunos genios de primer orden, como Ribera, Velazquez y Murillo, que solo estudiaron para aprender á meditar, y no para copiar, siendo siempre originales. ¿Pero no es una injusticia negar por esto pintores propia y esclusivamente españoles? Una sola cosa aconsejariamos á los incrédulos. Que hiciesen lo que mas de una vez hemos hecho nosotros para llegar á tener una conviccion sobre la cuestion que nos ocupa. Ir al museo de Madrid, recor-

rer los salones de la escuela española, pasar á la galería de la escuela italiana, y dando solo una ojeada por la alemana y francesa, llegar á la flamenca y holandesa. La transición es brusca, y por lo mismo enérgica. Fatigado con las sensaciones que experimenta quien percibe la belleza artística, sentarse al fin de la correría, y sin salir del museo preguntarse á sí mismo, ¿qué es lo que ha visto en cada escuela? Saboreando allí la voluptuosidad que causa en nuestra alma el espectáculo de tanta hermosura, poniendo orden en sus ideas y sensaciones, si no nos equivocamos se daría asimismo cuenta de esta manera.

He visto cuadros españoles, y ante ellos he comprendido lo sublime de la religión, la gravedad de carácter de nuestros mayores, y la severidad de su continente. En los cuadros de historia, he notado el mando unido á la amabilidad y nobleza; la obediencia unida á la dignidad. Pocos países y menos interiores. Solo dos pintores notables de flores y bodegones; Arellano y Meléndez.

En la escuela italiana me ha herido una deslumbradora belleza humana, y en Rafael, rostros tales, y tan divina expresión, que á sus cuadros podría llamárselos, la apoteosis del hombre.

En la escuela flamenca, por fin, muchos cuadros de mitología, de anima-

les y de bodegones, y mas aun de escenas de la vida doméstica, y de la campestre.

Saco por consecuencia, que si las artes son el reflejo de los pueblos, puesto que *el estilo es el hombre*, y las artes son el estilo llevado á su mayor expresión, el pueblo italiano es entusiasta de la belleza física, y ha buscado para representarla asuntos que permitan ostentar el desnudo. El pueblo flamenco, menos mimado por la naturaleza, se ha refugiado en su hogar: gusta de los placeres de la familia, de una buena mesa, y de las bulliciosas danzas del campo, animadas por la cerveza. Se ha limitado á copiar su país, y lo ha hecho con admirable verdad. A cada cual su gloria; que no es pequeña la que nos toca sin temor de ser pródigos.

Porque, ¿qué mas puede apeteer nuestro patriotismo que poder apoyarse en una larga serie de artistas fieles, intérpretes de la hidalguía castellana, de esa aristocracia de sentimientos, mas evidente que la de clase; de esa fé viva, á que debemos tan grandes cosas, las páginas tal vez mas esplendentes de nuestros anales?

El exámen, que en otro artículo haremos de las obras de algunos de nuestros mas eminentes pintores, nos proporcionará oportuna ocasion de justificar nuestros asertos.

Manuel Garcia Barzanallana.

Á DON JAIME I, REY DE ARAGON,

CONQUISTADOR DE MALLORCA Y DE VALNECIA,

CON MOTIVO DE LA FIESTA SECULAR CELEBRADA EN ESTA CIUDAD EN EL PASADO AÑO 1838.

Ese sol que brillante soberano
Por el sonante mar la frente asoma,
Y alumbra al cielo en su triunfal carrera,
¡Que vió seis siglos há! Vió de Mahoma
La bandera cayendo, y la gran mano
De Jaime tremolando otra bandera.

¡Rey invencible de invencibles huestes,
Rico en laureles é inmortal decoro,

Un ángel en las bóvedas celestes
Grabó tu bella historia en letras de oro!

Eras niño, y la espada heróica un día
Ya resonaba en tu siniestro lado;
Ya en tus miembros floridos
Crugía áspera malla,
Magestad en tu faz resplandecía,
Y palpitando al son de las trompetas

Codiciabas volar á la batalla;
 Como jóven leon que ya desea
 La lid, y se abalanza por sombría
 Alta selva, y rugiendo centellea,
 Pues desusada siente
 Gran fuerza hervir en la tremenda garra
 Y en el pecho feroz cólera ardiente.
 Cien muros vacilaron
 Y otros ciento, al sonido de su espada:
 La mar miró espantada
 Sombrear las velas de Aragon sus olas....
 Llegó, tronó, y el ballear caído
 Vió ondear las banderas españolas,
 Mas no el héroe dormido
 A su sombra se vió: no, que le inflama
 Del Cid la incorruptible alta memoria,
 Y oye su voz que desde el Túria clama,
 Y de allí al Túria vé senda de gloria.
 Y vuela, y no cual tempestad sombría
 Que en rayo abrasador estrago envia
 Tronando en su carrera asoladora;
 Vuela cual sol que al florecer la aurora
 Brillante vencedor de niebla inmundada
 Con rayo hermoso al colorar fecunda:
 Le vieron, y encendiéronse, y con mano
 Robusta alzaron ponderosa lanza
 Fieros hijos de Allá.... mas ¡oh! fue en vano;
 De hierro armados y furor sañudo
 ¿Qué en contra de su grande y fuerte escudo
 Con furor arrojándose pudieron?
 Alzó la espada, y relumbró, y cayeron.
 ¡Salud, rey de Aragon! Tú la rodilla
 Doblas grande, y de triple diadema
 Tu augusta sien ornada á Dios se humilla.
 ¡Salud, rey de Aragon! fue en tí exaltado
 Sobre cedros del Líbano el Dios fuerte:
 Su voz sonó, tu diestra ha derrocado
 El vil altar que sombreó la muerte.
 Caiste, si, caiste, media luna,
 Tú que hicieras soñar en cielo impuro,
 Y mi frente humillar á la fortuna;
 Solo á Dios temo y por su nombre juro.
 Tu Dios, Jaime, es mi Dios; él las edades
 Crió en su eternidad, y al ver su anhelo
 Del caos en las negras soledades,
 Se alzó brillando y desplegóse el cielo:
 Este Dios, es mi Dios; el arpa en mano

Su nombre ensalzaré. ¡Que llegue el día!
 Venid, diré, y herid: yo soy cristiano.
 Dios grande, Dios potente en paz, en guerra,
 Tú me das libertad si usurpadora
 La vil iniquidad huella la tierra:
 Cargad sobre mi frente el férreo yugo,
 ¿Pensais la humille yo? La alzo triunfante
 Asombrando á mi pálido verdugo.
 Porque sé que tú al fin darás el pago,
 Que no hay para tí aceros, no hay murallas,
 Dios terrible, si truenas con estrago:
 Mas terrible.... si callas.

Alzate España y dí: Yo al sarraceno
 Por tí lancé de la imperial Granada;
 Yo del Africa al seno
 Precipítame con triunfante espada;
 Recorrí los desiertos de Océano,
 Ví mas allá otro mundo,
 Y el cetro de dos mundos fue en mi mano;
 Lepanto me conoce; y cuando ardiente,
 Rayo que resplandece y que devora,
 Napoleon dió leyes
 A trémulas naciones,
 Su pie sobre los mantos de los reyes;
 Tú me esforzaste ¡oh Dios! me alcé lidiando
 Y con alto decoro
 Guardé en mi frente la diadema de oro.

Y el Dios que envia el lauro en las batallas
 De héroes á las cenizas inmortales
 Da gloriosos sepulcros,
 Y en carro volador, que luz derrama
 Les arrebató á sus hermosos cielos,
 Y el orbe en tanto bendiciendo aclama.

Dilo, tú, á las naciones, patria mía,
 Tu corazón ya salta al estampido
 Del cañon: las campanas clamorosas
 De sí lanzan al aire el gran sonido.
 ¿Oís la victoriosa vocería?
 ¿No veis la muchedumbre inmensa, que ora
 Se atropella con planta voladora?
 Apartad, apartad ¡soy el poeta!
 La gloria á mi guardada
 De, en generoso anhelo
 Cantar su nombre y á la faz del cielo.
 ¡Dejad que mire esa invencible espada!
 ¡Espada que asombraba á los infieles,
 Espada que segó ricos laureles,

Bandera á no domados campeones....

Esta dió libertad á dos naciones!

Ea, alfombrad de flores

Su carrera triunfal, alzad altares,

Hierva todo en sonoras alabanzas,

Y á la guerrera luz de fuertes lanzas

Y al gracioso ondear del blanco lino

Formad, hijas del Túria, leves danzas,

Himnos cantando al vencedor divino.

¡Cantad, y no ceséis! que á mi hasta el cielo

Me arrebatara furor que el cielo envía,

Y á ilusiones dulcísimas me entrega.

¿Qué no lo veis? el velo cristalino

A mis ojos magnífico se pliega,

Y miro al pie del santuario eterno

Entre radiantes círculos de soles

Los héroes españoles....

Y á tí tambien.... á tí gran rey.... ¡Ah! Padre!

¡Ah! Padre! ¿qué no ves la patria mia

A quien tu amabas, cual las madres aman

Desveladas besando al dulce hijuelo?

¿No ves cual ella levantando al cielo

Lánguidos ojos, con hermoso manto

Se engalana entre lúgubres sepulcros,

Y orna su frente pálida de flores,

Y aunque en trémula voz suspira el canto?

Esconde tu Valencia sus dolores

Dentro en el corazón... y ahoga el llanto

Por mostrar hoy placer en su agonía....

¡Ay! ¡no abandones á la patria mia!

Antonio Aparisi y Guijarro.

LITERATURA VALENCIANA.

Así como hay apellidos que llevan consigo la posesión de un título ó de un mayorazgo, así tambien hay otros que parece que tienen vinculado algun ramo del saber humano. No hay quien recuerde en España el apellido de los *Vegas*, sin recordar al mismo tiempo los nombres de Garcilaso y Lope entre nuestros poetas antiguos, y los del autor del *Pelayo* y el refundidor de la *Dama duende* entre los modernos. El apellido *Marotín* nos recuerda á un padre y á un hijo literatos ambos de la mejor nota: el de *Corneille* á dos hermanos célebres por sus tragedias: el de *Molé* á dos hombres de estado insignes por sus talentos. No se crea por esto que consiste esa coincidencia en que heredan unos de otros el ingenio ó que le reciben con la sangre: muchos de los apellidos que hemos citado son ramas de troncos muy diferentes, y no están unidos entre sí con vinculo alguno de parentesco. Ello sin embargo es un hecho constante del que encontramos mil ejemplos en las historias de todos los pueblos, y nosotros solo podemos explicarle recurriendo al deseo natural en todos los hombres de imitar

aquello por que se hicieron célebres nuestros mayores, y mas particularmente los que llevaron nuestro nombre.

Estas reflexiones que acabamos de apuntar, nos las ha sugerido la hermosísima *poesía valenciana* que insertamos á continuacion. No hay ningun valenciano que no sepa que á fines del siglo pasado existia en esta ciudad un literato célebre llamado *José Villarroya*, que hizo importantísimos servicios á la literatura provincial. Dedicado al exámen de nuestra antigua legislacion, publicó varias obras del mayor interes sobre nuestros fueros, y no contento con hacer justicia á nuestros legisladores, quiso hacerla tambien á nuestros compatriotas publicando á su vez una disertacion *sobre el origen del arte tipográfico*, en la que trató de probar y probó que Valencia fue la primera provincia de España en que se conoció la imprenta.

La circunstancia de llevar este literato el nombre de *Villarroya*, ó esa causa ignorada que nos suele presentar á los poseedores de un mismo apellido con unas mismas inclinaciones, han hecho que en nuestros dias apareciese otro *Villarroya* destinado como

el primero á dar gloria y prez á la literatura lemosina. No hay sino leer la *composicion* que á seguida insertamos; no hay sino notar el sentimiento que *respira toda ella*, y el nervio y valentia de los versos que van de letra *cursiva*, para convencerse de que si D. José Villarroya supo probar que la obra del *Vergger de la Verge Maria* fue una de las primeras impresiones que se vieron en España, nuestro contemporáneo D. Tomás ha sabido tambien probar que la lengua valenciana por su dulzura, laconismo y expresion era digna de ser otra de las primeras

que hicieran trabajar á la imprenta.

Facil nos seria citar otras composiciones del mismo autor en corroboracion de nuestro aserto (1); pero contentámonos ahora con la dirigida á la señora Doña Antonia Montenegro, en ocasion de ausentarse de esta ciudad, reservándonos la insercion de otras no menos lindas para los números sucesivos. Entre tanto rogámosle á nuestro amigo que continúe siendo el defensor de la lengua lemosina y del *gay saber*, seguro de que sus compatriotas le guardan una de las páginas mas brillantes en la *biblioteca valenciana*.

¡A DEU!

Ala Sra. Doña Antonia de Montenegro.

*¿Quién oyó tu dulzura
Que no tendrá por sordo y desventura?*

*Avans que los murs del Cid
Amiga Antonia abandones,
Y alcances noves coronas
Allá en la cort de Madrid,*

*Escolta á lo trovador
Que ab esta llengua qu' encanta,
Lo mes tendre á Deu et canta,
Cubert lo pit de tristor:*

*Escóltal, que sois complít
Fon lo plaer que tenia
Quant una trova et lligia,
En apres de haberte oit:*

*Escóltal, perque pot ser
Que faltantli la ilusió,
Ya no tinga inspiració
Y este siga el cant darrer.*

*Tan alta es la virtud y la exelencia
Qu' alcanza, Antonia, ta egisera veu:
El que sentí una volta sa influencia
Trist lo demás y pobre y mut ya creu.*

*¿On está el desgraciát qu' á l'armonía
Y al poder de tòn cant no se con mou?
¿On está el que t' ouí digiós un dia*

Y en tot llòc y á tot hora així no't ou?

*Yo demprés que ferí la meua orella
Lo majich tó qu' em fea son esclau,
Un eco melodiós em resta en ella
Qu' en tot instant ouintlo me complau.*

*Quant plena d' armonies riu el alba
Y aguaita el sòl per entre nubols d' or,
A confondre del mon l' alegre salva
Aplega el eco de ton cant sonor.*

*Y al só del vent suau de les vesprades,
Al misteriós silenci de les nits,
Hasta en les hores d' oració sagrades
Resona ton accent al meus ouits.*

(1) Y sino véase entre otras la que insertamos en el núm. 3, dirigida á la muerte del jóven pintor D. Antonio Cabana, en donde se hallan aquella energia y expresion y demas cualidades con que el autor sabe adornar todas sus composiciones, imprimiendo en ellas toda la belleza y propiedad de que es capaz la lengua valenciana. Sentimos mucho que algunos de nuestros mejores literatos no esten en el caso de apreciar el mérito de estas producciones, pues estamos seguros que entonces convendrán con nosotros en la distincion que de ellas hacemos.

*Y mes qu' el eco estrepitós m' agrada
Del torrent qu' es despenya en lo desert,
Mes que del rosinyol la veu preada
Qu' entre el aroma de les flors se pert:*

*Mes que lo crit elèctrich de victoria
Al decidirse lo ductós combat,
Mes que los victors d' entusiasm y gloria,
Y mes que de lo tró la majestat.*

Tan alta es la virtud y la exelencia
Qu' alcanza, Antonia, ta egisera veu:
El que sentí una volta sa influencia,
Trist lo demés y pobre y mut ya creu.

¡T' envás! y de ton accent
L'eco em queda en la memoria,
Y em quedarà eternament,
De haberte cantat la gloria
De pèdret lo sentiment.

LITERATURA.

MIS PRISIONES POR SILVIO PELLICO.

He ahí un libro todo perfumado de amor divino, y de casta poesía, de pensamientos apacibles, y de íntimos y dulcísimos consuelos. He ahí un hombre á quien saltó el dolor en sus mas floridos años, que ha sufrido mucho tiempo, y ha pedido al tiempo y al dolor la perfeccion de su alma. He ahí un ejemplo de fortaleza y de resignacion cristiana. Cierito, es cosa que deliciosamente nos consuela, oír esa santa voz que os cuenta los combates de su corazon y sus esperanzas, y esa fé tan candorosa y tan viva, nacida en la desgracia para crecer en la soledad. *La Europa nutrida de los escandalosos* absurdos de la literatura contemporánea, ha respondido con un grito de profunda simpatía á estos cristianos acentos, que le llegaban de Italia ¡Salud al noble pais de donde nos vienen palabras tan melodiosas! ¡Salud sobre todo al jóven poeta, que ha comprendido su mision divina, que ha hecho correr lágrimas inocentes, que ha sabido ser nuevo, natural, atractivo sin dar tormento á su lengua, y al alma de sus lectores, sin arrastrarse por el cieno y la sangre! ¡Gloria al heróico encarcelado, al sublime confesor de la verdad, al cristiano que vuelve á nosotros del destierro, con su tesoro de virtudes y bendiciones evangélicas! Ved al hombre tal como el cristianis-

mo le comprende, ayudándose de Dios para soportar el dolor, y del dolor para elevarse á Dios.

Cosa es, en verdad maravillosa, el minero riquísimo de nobles, puros y deliciosos sentimientos, que encierra para el alma un libro cristiano. Es un calor suave que penetra y vivifica, un contentamiento íntimo y misterioso que nos sostiene en la perplexidad, y levanta en el decaimiento, una esperanza llena de tiernas inquietudes, una efusion de corazon, un amor de los hombres, una aspiracion infinita del alma hácia las bienaventuranzas celestiales. ¡Oh! ¿quién no ha comprendido una vez en su vida la expansion ardiente de la oracion, el divino recogimiento de una alma enamorada de su Dios, el entusiasmo del pensamiento religioso, el éxtasis de la adoracion? ¿Quién no ha experimentado entre las luchas interiores del ánimo, entre sus dudas é inefables tristezas, qué bálsamo tan celestial era la religion? Y en sus miserias y multiformes dolores, ¿qué hombre no ha sentido la dulcedumbre de la meditacion y de las lágrimas? ¡Ah! ¡no nos engañaba el Salvador cuando decia: «bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados! Venid á mí, vosotros todos cuya vida es amarga, y yo os recrearé.»

Abrid el libro de Pellico, y encontrareis todo eso. Vereis desde luego al jóven que vive sin pensar en Dios, pero aquella alma ardiente no se halla bien en el vacío de sus creencias, siéntese atormentada é inquieta sin saber porqué. La Providencia cuyos designios son tan profundos, quiso que la tribulacion le visitase para mejorarle y fortalecerle.

Silvio Pellico, acusado de carbonerismo, es preso en Milán el viernes 13 de octubre de 1820, y pasa diez años los mas bellos de la vida en los calabozos de Venecia y de Spielberg. Silvio tenia un padre, una madre, hermanos y hermanas que tiernamente le amaban y á quienes amaba con entrañable cariño. Apenas se ve solo en una cárcel, su corazón se vuelve hácia ellos, y esclama: ¿Cómo soportarán la noticia de mi arresto? ¿Quién les dará fuerza para sufrir este golpe? «Una voz interior le responde: aquel á quien todos los afligidos invocan, á quien aman, y sienten dentro de si mismos: el que daba fortaleza á una madre para seguir á su hijo al Gólgota, y permanecer al pie de su cruz: el amigo de los desgraciados, el amigo de los hombres.» Esta fue la vez primera que la religion triunfó de su corazón, y al amor filial debió este beneficio. A ella pide pues el preso su primer consuelo; asombrado de hallar tanta paz tras tanta inquietud en este pensamiento religioso, desciende á lo íntimo de su corazón, y dispiértase allí la fé. «Amar á Dios y á los hombres, elevarse por generosos sacrificios, ¿no es esto todo el cristianismo? ¡Asombrábame, de que siendo este por su esencia tan puro, tan filosófico, tan inatacable, hubiera no obstante llegado una época en que la filosofía osára decir: á mí toca ocupar su puesto! ¿Ocupar su puesto enseñando el vicio? No. ¿Enseñando la virtud? Pero la virtud es el amor de Dios y del prógimo, y eso es lo que enseña el cristianismo.»

Con un placer infinito, seguimos los

progrésos de esa alma en la fé al través de sus largas y terribles pruebas; con profundo deleite escuchamos las candorosas confesiones de ese jóven, y asistimos al drama psicológico tan interesante de esa inteligencia, y observamos los afectos de ese corazón tan ingenuos y patéticos. De todas las frases de ese libro exhálase no sé qué suave perfume de poesia y de virtud, que refrigera el alma y la consuela. Leyéndole he sentido que mis ojos se bañaban en lágrimas; una santa melancolía ha entrado en mi corazón; héme sentido feliz en creer, y amar como ese hombre; he fraternizado con él en la misma idea religiosa; me he asociado á su ferviente amor, al candor de su adoracion, á la bondad de su alma; me he conmovido con sus lágrimas, y he orado con él.

Verdad es que estas memorias son pobres de hechos; ¿qué puede pasar entre cuatro paredes de un calabozo? pero en cambio son ricas de inspiraciones y de gracias divinas. Si es estrecho el horizonte de la vida de Silvio, el horizonte de su alma es inmenso. Allí es donde nos introduce con una humildad encantadora, y á medida que la vista penetra allí, descubre admirables bellezas, que la cautivan y embelesan.

En efecto no es la relacion de aventuras, y de hechos exteriores, lo que merece mas nuestra atencion. La vida mas llena y agitada, la mas sembrada de extraordinarios sucesos, parece muy á menudo á una pieza de teatro, fuente de fugitivas emociones, y de que actores y espectadores se acuerdan apenas luego de bajado el telon. Pero lo que es digno de atraer las miradas de los hombres y de los ángeles, es una alma fuerte y apasionada, luchando con Dios, con la humanidad y consigo misma; una alma llena de resoluciones preparadas ó súbitas, de peripecias dramáticas, de caidas y levantamientos imprevistos, en que cada pensamiento es un suceso, cada afecto la revelacion de un nuevo estado; una

alma que llora y se regocija, duda y cree, blasfema y espera, sin cesar trabajada por el fuego de las pasiones y el azote de la conciencia. ¡Con qué curiosa ansiedad la seguimos en sus misteriosas profundidades, por entre sus mil trasformaciones, para espiar la acción invisible, pero continua, de la Providencia, que la atrae blandamente, y la conduce al término que ha señalado por caminos frecuentemente tan largos, tan desviados y difíciles! Aquí hay toda una historia, un mundo; aquí nada es indiferente, porque se trata de la salud de una alma, y un solo pensamiento puede perderla: aquí bajo de un desorden aparente, todo se traba y encadena, como una trama bien urdida; y como la vida presente no es sino un tránsito á mejor vida, podemos de una sola ojeada abarcar este doble destino del tiempo y de la eternidad. Y si esa alma, como la de Silvio, se agita bajo el peso de un infortunio, que parece superior al humano esfuerzo, ¡cómo compadecemos á la pobre alma! ¡cómo sufrimos y oramos, y esperamos con ella! ¡cómo temblamos de verla naufragar en medio de las tempestades que la cercan! Pero ¡con qué raptos de júbilo, cuando ha salido vencedora de la lid, cantamos también con ella el himno de triunfo! ¡con qué acento de gratitud exclamamos: se ha salvado; bendito seais, Dios mio!

He aquí los sentimientos que ha despertado en mí la lectura de estas memorias, y que desconfío de comunicar á mis lectores por una fría análisis, que no puede ni debe dispensarles de consultar el original.

La soledad es quizá el tormento mas horrible para el preso; ese vacío que hace al rededor del hombre, es espantoso para las almas sin fé. El hombre estando siempre cara á cara consigo mismo debe experimentar en la soledad un extraño suplicio, si su conciencia está cargada de remordimientos. Allí no hay falsos placeres, ni vanos ruidos, ni gritos aturdidores; nada de esa vida de

agitación y de torbellino, que venga á distraer el alma de la contemplación de sí misma. ¡Oh! la soledad debe ser terrible á los malos; pero el hombre que ama á Dios, nunca está solitario: donde quiera está con su Dios. Dios es el testigo invisible de sus acciones y pensamientos, el huésped de su alma y de su corazón, y sus obras son puras, y santos sus pensamientos, para que Dios pueda reposar en ellos sus ojos.

«El cuidado de mantenerse siempre en la presencia de Dios, lejos de fatigar mi espíritu, y ser un motivo de terror, era para mí cosa dulcísima. Al pensar que Dios está siempre cerca de nosotros, que está en nosotros, ó mas bien que nosotros estamos en él, la soledad iba perdiendo cada día su horror para mí. ¿No estoy yo en la mejor compañía? eso decia yo, y me serenaba, y gorgeara cantando con placer y ternura.»

Este libro está lleno de estos sentimientos sencillos y puros, que solo se hallan en los libros santos. Una sensibilidad afectuosa, una melancolía tierna, una elevación perpétua de la mente y del corazón á Dios, hé ahí lo que rebosa en cada página.

Ora se lee una inscripción, que el preso descifra con alegría: «Bendigo la prisión porque me ha dado á conocer la ingratitud de los hombres, mi propia miseria, y la bondad de Dios.» Un momento despues, un encuentro inesperado con un compañero de infortunio. «La vista de un hombre de bien me consuela, me enternece, me da en que pensar: ¡ah! es un bien tan grande el amar y el pensar!—La vista de una persona amada, basta á templar los tedios de la soledad.»

¿Quereis saber cuáles son las ocupaciones de Pellico en la soledad, sus placeres, sus afectos? Esta alma que rebosaba de poesía y amor, y que como un vaso lleno de perfumes, como una flor inundada de rocío, necesitaba deramarse por afuera, á pesar de las rejas y cerrojos sabe franquear las paredes

de su prision para irse en busca de seres en quienes pueda reposar.

Leed la historia tan patética de aquel pobrecito sordo-mudo, que salía á jugar delante de su ventana. ¡Con qué gracia, con qué delicada atencion, aquel niño viene á jugar á vista de Silvio! ¡Con qué alegría el preso sigue sus movimientos y graciosos caprichos! Diríase que estos dos desgraciados tienen el instinto de sus desgracias, y que una secreta simpatía mutuamente se las revela. Pero la amistad, como Silvio la entiende, no es un sentimiento casual y sin objeto. Por eso procura elevar el alma de ese niño, y aleccionarle en las augustas verdades del cielo. «¡Cómo comprende que le amo, cuando acaricia á uno de sus compañeros, ó parte su pan con él! Cuanto mas verá que le instruyo y elevo su alma, mas me amará.» ¡Qué hombre, y qué moral! Y ¡cómo el cristianismo santifica todos los afectos!

¿Y no veis tambien qué tierna compasion experimenta Silvio hácia esa pobre pecadora arrepentida, esa otra Magdalena, cuya voz suave llega á su calabozo al través del muro de separacion, y se levanta tan melodiosa y casta entre la obscena grito de sus compañeras? Despues en Venecia, allá arriba bajo de *los plomos*, cual se conmueve el pobre poeta, á la voz de aquellos dos niños que le preguntan su nombre. ¡Qué bondad tan ingénua, y cuánta delicadeza y candor campea en esta relacion!

«Yo ví en una ventana alzar hácia mí sus manecitas á un niño de nueve á diez años, y le ví gritar: ¡Mamá! ¡mamá! han puesto allá arriba á alguien en los *plomos*. Pobre preso, ¿quién eres?»

—Soy Silvio Pellico, respondi.

Otro niño de alguna mas edad, corrió tambien á la ventana, y exclamó: ¿tú eres Silvio Pellico?

—Si, ¿y vosotros, queridos niños?

—Yo me llamo Antonio S... y mi hermano, José.

En seguida, se volvió para decir: ¿qué mas se le ha de preguntar?

Y una señora, que yo suponía ser su madre, medio moderándose, sugería compasivas palabras á aquellos amables niños, y ellos las decían, y yo les daba por ello las gracias con la mas viva ternura. Estas conversaciones comenzaban de nuevo por la mañana, al mediodia, y á la tarde. Al encenderse los faroles, la señora cerraba la ventana, y los niños me gritaban: buena noche, Silvio; y ella tambien, mas atrevida á favor de la oscuridad, repetía con una voz conmovida: buena noche, Silvio, tened valor.

Cuando aquellos niños tomaban el desayuno, ó la merienda, me decían: ¡ah! si pudiéramos darte de nuestro café con leche: ¡ah! si pudiéramos darte de nuestras tortas! El dia en que tengas libertad acuérdate de venir á vernos; te daremos tortas bien buenas, y bien calientes, y mil besos.

Este libro está sembrado de pasages de este género. Y todo ello dicho con tanta simplicidad, y tan ingénua poesía, que os deteneis en cada página para mejor saborear tan esquisita sensibilidad. No os hablaré de los mil padecimientos diarios de Pellico, de los dolores mortales que le agitan á veces con tan atroz violencia, de esos momentos de crisis en que su alma lucha cuerpo á cuerpo con el desaliento ó la desesperacion, y de que sale siempre victoriosa y serena; pero esta alma victoriosa crece de dia en dia en la virtud cristiana; su resignacion se aumenta al par de sus penas; aficionase á los hombres por el dolor, bendice la mano que le hiere, y merced á su grandeza no sabe hallar una palabra de odio, ni aun para sus enemigos.

La segunda parte de sus memorias, la que refiere su cautiverio en Spielberg, es mas triste y sombría. Su corazon se replega mas dolorosamente en sí mismo. Y esta alma hace poco tan amante revuelve pensamientos de odio,

y esa voz tan armoniosa va á prorrumpir en palabras de blasfemia, en rugidos de impia desesperacion. Pero odiar, no creer.. ¡ah! esto era imposible para Silvio. Asi triunfó tambien de esta segunda prueba, porque se apoyó para levantarse en el brazo de Dios, y no en ese duro y orgulloso estoicismo, que no se dobla, pero se rompe con el viento de la adversidad.

¿Cómo Dios, y los hombres no le pordonarian un momento de extravio? ¡Era tan desgraciado! su calabozo era tan malsano, tan pesada su cadena, tan duro su lecho, tan escaso y repugnante su alimento; estaba ademas su cuerpo tan enfermo, tan atormentada su alma; se le dejaba casi morir de hambre!!! Pero al contemplar ese castillo de Spielberg, infierno y sepulcro de los desgraciados que encierra; al leer la descripcion de aquellos horribles lugares hecha por una pluma nunca mojada en la hiel del odio, no puede comprenderse que el mal genio de la política haya inventado tales suplicios para hombres culpables de haber creído que tenían patria y haberla amado por consiguiente. ¡Oh! si una sola de las ardientes páginas de Silvio ha pasado á la vista de los que asi han hecho sufrir á ese noble y heróico jóven, sin duda habrá despertado en ellos un dolor semejante al del juez que reconoce la inocencia del condenado cuya cabeza acaba de rodar en el cadalso. Yo me detengo... no estoy tan sereno como Silvio; fáltame valor para repasar esa larga via dolorosa, que Silvio ha recorrido llevando su pesada cruz. ¡El se resigna! Hágase vuestra voluntad, ó Dios mio. Y aunque ve morir á su lado á un amigo hallado en la desgracia, resignase, y ora. ¡Oh! leed la muerte de Oroboni, y os arrancará lágrimas. ¡Qué drama! ¡y cuán patética y sublime es esa muerte cristiana! Toda esta parte del libro es una elegía muy sombría, muy melancóli-

ca, mas en la que dominan siempre las tres grandes virtudes del cristianismo, la fe, la esperanza, la caridad. Es una lamentacion, una dolorida plegaria, una bendicion á los hombres que son los hijos de Dios. El dice: «Yo acepto todos los horrores de la prision, pero al menos, permitid que yo ame, y libradme, Dios mio, del tormento de aborrecer á mis semejantes.» Y nosotros diremos: he aqui la gran poesia, la poesia del alma y del corazon tal cual no se halla sino en el cristianismo. Poesia que os inspira el deseo de ser mejores, de crecer en amor y virtud; poesia fecunda, noble, dulce, afectuosa y sublime.

Sin duda á su belleza inefable se debe que nunca escrito tan sencillo haya logrado tan puros y unánimes aplausos. Al paso que los literatos han admirado en Silvio un poeta esclarecido, los políticos han celebrado en él al sublime mártir de la libertad, los filósofos al sábio superior á su infortunio, y los hombres religiosos al cristiano todavia mayor que el sábio.

Sensible nos es que los estrechos límites á que debemos reducirnos, nos hagan terminar ya este artículo; pero lo hacemos deseando vivamente que esta odisca cristiana traducida á nuestra lengua ande en manos de todos, y despues de hacer derramar las lágrimas del rico y afortunado vaya á enjugar las del infeliz. Este es el destino de una obra que termina con estas celestiales palabras: «De mi desventura pasada y mi dicha presente, asi como de todo el mal ó el bien que pueda sobrevenirme, sea bendita la providencia de Dios, que se vale de los hombres y las cosas como de dóciles instrumentos para fines dignos de ella.»

Este es tambien el único deseo de un autor que en todas sus cartas inscribe por divisa estas palabras: *credo, spero, amo.*

V. M. Flores.

VARIEDADES.

LA SOCIEDAD Y YO.

Tiempo hace que deseaba escurrirme un día de esto que han dado en llamar sociedad, para considerarla un poco de lejos, y meditar sobre lo que ella es y lo que soy yo en medio de ella. Tengo la manía de querer darme razón de todo, lo cual es una necesidad en este siglo analítico y razonado, y es además un trabajo si he de escribir sobre el fruto de mi escurrimiento y de mis observaciones; pero si no fuera por esta mi manía, no tendrían ahora el gusto de leer este artículo los pocos ó muchos que lo lean, y por consiguiente no deben hablar mal de ella.

Voy, pues, á principiar mi tarea; mas antes quiero advertir, por si hay algun inocente lector que pudo haber creído que me he trasladado á los desiertos de la Arabia ó á los arenales de Egipto para escribir este artículo, que no hay tal cosa, que me he separado de la sociedad, *in mente*, como dicen los escolásticos, y sin salir de mi cuarto en donde me encuentro al presente con buena salud, á Dios gracias, y en disposición siempre de recibir un millón de pesos duros, que es lo único que podría impedir la continuación de este artículo, pues á tener dicho millón disponible en mis manos, á buen seguro que no me había de acordar de la sociedad pasada, presente ni futura, y con mi yo y mis talegos, me había de reir soberanamente de toda la gran sociedad que existe de polo á polo, incluso los ingleses que son la gente mas seria y mas temible del mundo.

Vamos allá. La sociedad y yo; es decir el todo y la mas pequeña posible de sus partes; yo la parte mas mínima, que vengo á juzgar de la sociedad que es el todo y á meterla enterita en mi mollera con todos sus componentes y accidentes ¡Atrevido pensamiento! Pero las glorias de César, Alejandro y Napoleón no fueron conquistadas á

menos precio, lo que solo quiere decir que valian mas. Para desempeñar mi idea necesito hacerme antes cargo de lo que es la sociedad; despues le diré al lector lo que soy yo.

Jamás he titubeado un momento al dar una definición; para mi todas son santas y buenas si me esplican suficientemente la idea, quiero decir que no soy filósofo, y que es mi parecer que puede vivir cualquiera persona decente sin saber una palabra de metafísica y con menos dolores de cabeza. La sociedad es para mi un complejo de hombres y mugeres y cosas colocados sobre una base que se llama naturaleza, y con la cual forman esa grande idea que representa la palabra mundo. Esta es mi definición: ahí está, al que no le guste que la dege; si no es buena será mala, por esto no hemos de reñir. Por mi parte la admito porque solo esplico el hecho simple, y me basta, porque la he formado, si no como debía ser, como yo la necesito, y hemos concluido. El que quiera mas y mejor que estudie, que mucho hay escrito sobre este punto, y sobre todo puede leer á Mr. Jacobo Rousseau, que escribió lindos cuentos sobre la formación de las sociedades y otras cosas muy buenas que han traído consecuencias mejores. Repito, pues, que la sociedad es un complejo de hombres y mugeres y cosas. En esta reunión nos refieren que hay leyes que garantizan su conservación. Cada socio, dicen, (yo no digo nada) está obligado á prestar sus servicios á todos los consocios y estos á él. Cada hombre, dicen, tiene derecho á disfrutar de la compañía de las mugeres (esta doctrina es para Oriente); y ultimamente cada consocio, dicen, tiene derecho á servirse de las cosas necesarias en su provecho. De lo dicho se infiere que si cada socio disfrutára de los servicios

de sus compañeros, de la dulce compañía de las mugeres y del uso necesario de las cosas en justa proporcion, este mundo seria el mismísimo paraíso terrenal, y estaríamos á estas horas rebosando gloria y felicidad por todos los cuatro costados; pero no es así, y por eso crió Dios el cielo y el infierno presumiendo lo que debía pasar. El caso es en efecto que lejos de suceder lo que hemos dicho, cada individuo se aprovecha de los servicios ajenos, y procura escasear los suyos que es un gusto; cada socio trabaja por disfrutar en punto á la compañía de las mugeres de todas las mas posibles, aunque las haya de robar al vecino ú al amigo, y aunque sea ciudadano español y católico entre los cuales está prohibida la poligamia; y en fin cada cual procura apropiarse el uso esclusivo de las cosas, sobre lo cual seguimos un horrible pleito hace 18 siglos y 41 años, sin que haya recaído aun sentencia definitiva, la cual llegará el día del juicio, cuando sino se viene pronto, es dable que encuentre el orbe vacío.

La naturaleza se empeñó un día en que fuéramos iguales todos, y al efecto dispuso que nos hicieran á todos de la misma masa; pero la naturaleza se engañó, pues no supo hacernos á todos sábios, ó tontos á todos. La sociedad conoció la pifia y dijo: la igualdad concluye desde el momento en que los hombres nacen; y en efecto desde este momento la desigualdad que existe en el mundo les llega á los recién nacidos, de modo que á unos los recogen en limpios y delicados pañales criados solícitos y dispuestos, cuando á otros los recoge por caridad una buena vecina, en su sucio delantal ó en cualquier otro trapo viejo que no ha de servir. Vea el bueno del lector qué viene á ser eso de la igualdad para esta última dichosa criatura, que nace bajo tan felices auspicios. Es visto, pues, que aunque la igualdad fuera hija de la naturaleza, la desigualdad es el carácter distintivo de las sociedades. Y ahora

digo, que no me duele á mi esa desigualdad sino por la parte que en ella me cabe, y porque no es quien mas merece, quien por ella lo pasa mejor; y tanto es cierto esto, que es regla sabida que en este pícaro mundo quien tiene mas suele ser quien vale menos. Pero esto no les debe importar, que en tener está el valer.

Como consecuencia de esta desigualdad hay individuos en la asociacion que disfrutan de todas las dichas cosas, y otros que carecen de todas ellas, de donde resulta que unos tienen y otros no tienen; que unos gozan porque tienen lo necesario y algo mas, y otros padecen porque nada tienen, entre los cuales me encuentro yo, sin saber por qué y contra toda mi voluntad. De aqui resulta tambien una cosa muy natural, y es, que el que goza tiene placer, y el que padece tiene dolor; y desde aqui podemos saludar á Condillac y al siglo XVIII con todas sus consecuencias. Ahora, si viniera á propósito, podríamos sacar tambien á relucir á los espiritualistas y á los utilitarios, á Bentham, Lermínier, Rossi &c., &c., y engolfarnos en el *mare magnum* de sus inmensas cuestiones y diferencias; pero pienso que lo degemos para otro rato. Desigualdad en primer lugar, y despues placer y dolor, felicidad é infelicidad es lo que hemos encontrado por resultado de las deducciones hechas hasta ahora. Placer ó dolor, fortuna ó desgracia, es lo que hay en la sociedad: vamos á ver cómo están repartidas.

La palabra justicia ha nacido indudablemente despues del embrollo del mundo, y como el desórden estaba consumado, la justicia llegó tarde como sucede siempre que se la necesita. De aqui resulta que el desórden es anterior á la justicia y que vive á pesar de ella. Esto es muy facil de probar. Si en la sociedad todos los individuos hubieran cumplido con su deber, ó llenado sus funciones en buena y santa proporcion, la palabra justicia seria un trasto de sobra en el diccionario de la

lengua universal. Por esta razon, pues, la justicia en el mundo nunca ha pasado de ser una palabra, asi como la injusticia es constantemente una realidad, como voy á demostrarlo.

Lo primero que ha hecho la sociedad ha sido dividirnos en clases, las cuales son tres segun mi cuenta. En la primera están todos aquellos bienaventurados, que cuando su madre los echó al mundo se encontraron, sin saber por qué, con todo lo necesario para vivir cómodamente y sin trabajar en una santa independenciam: en la segunda están todos aquellos que conociendo lo que es el mundo y careciendo de fortuna, se han echado el alma á la espalda, y no desprecian medio alguno para asegurarse contra las necesidades de la vida; y en la tercera están los pobres ignorantes, los pobres con buena educacion, que es la peor cualidad que puede tener un pobre, los vergonzantes y pundonorosos, y los poetas y espiritualistas que no han hecho propósito de la enmienda, y otros mil, gente toda, cuya mision en el mundo es mirar la ventura de los poderosos y no poder morir de ahitara: gente que como el camaleon, se alimenta con el viento de la esperanza, que como es comida de poca sustancia, los trae magros y apurados á manera de momias: hombres en fin, que se quejan de que la sociedad no los comprenda, y es la causa que ellos no la comprenden á ella, y han dado en hablarla en griego. Pero la sociedad ha hecho mas todavía, se ha civilizado, y buscando la unidad central de la dicha y la desdicha, ha resuelto que todos los goces y placeres de la vida, estén representados por el dinero, y todas las privaciones y necesidades por la falta de dinero, de manera que el que tenga piastras disfrutará, y el que no las tenga mirará si le place, ú olfateará, ú oirá, usando de esos sentidos de que no es dado privarle. Aqui está el alma de la cuestion. Esta sentencia definitiva contra la cual no hay apela-

cion por haber pasado el término, ha proclamado el robo como principio de reparticion, y en su vista es inútil ya que se canse nadie en ser justo, santo y bueno para consigo mismo y con sus semejante, sino quiere que le pisen, le chupen y le coman hasta dejarlo inútil para ellos y para si. La generosidad, la honradez y toda la demás cáfila de virtudes, le producen al hombre lo mismo que al marido la paciencia. La razon es porque los dignos consocios han creido que la asociacion se inventó para organizar el robo, que en el estado primitivo solo pertenecia á los puños y á las cachiporras, de modo que pueda robar el débil lo mismo que el fuerte, con tal de tener una voluntad decidida de egecutarlo, y los medios necesarios que afortunadamente, lo mismo que la voluntad, están siempre de sobra entre nosotros. Para estos hombres no hay cosa mas legitima que el robo, y en efecto, su teoria es indestructible; pues si el dinero es el representante de los goces, el que carece de él sin causa alguna y tiene naturaleza y sentidos, dispuestos á gozar como los de cualquier otro, no tiene ninguna obligacion de morir sin probar lo que desea, y que otros disfrutaran en abundancia. De este modo el robo viene á ser necesario, y de aqui resulta que la sociedad es una reunion organizada de ladrones en diversos grados, entre los cuales suelen vivir algunos tontos de buena fé, que han dado en creer que tienen deberes que cumplir, cuando observan que no hay individuo que medre por este medio, por cuya razon, la mayor parte han seguido la contraria con muchísimo provecho. En fin, tal está la sociedad, y sobre todo despues de civilizada, que no es extraño ya que el bueno de Rousseau, se hubiera empeñado en probarnos que viviríamos mejor y mas felices, si no hubiéramos salido de los bosques y siguiéramos trabajando cada uno para sí, comiendo las frutas de los árboles, y vistiendo un sencillo y ele-

gante tapa-rabo. En todo lo que hay en la sociedad sucede lo mismo, la teoría es una santa y buena, y la práctica ó los hechos enteramente opuestos á aquella, v. gr. la sociedad dice: que no se debe atentar contra la propiedad y los derechos de cada uno de los socios, y todos estos aplauden la ley, y particularmente los que ya han adquirido; pero por eso no impide que roben á tente bonete los que nada tienen y los que quieren mas.

La sociedad y uno de los diez mandamientos dicen que no se debe codiciar á la muger del prógimo, lo cual le parece muy bien al celoso y al que tiene la muger bonita, y sin embargo nadie cumple esta ley mas que con las feas. La sociedad dice que se debe premiar la virtud y recompensar al mérito, y no obstante la virtud es obgeto de mofa, y el mérito es compañero de la hambre. La sociedad dice que se debe castigar al ladron, al asesino, al seductor, al falsario, al traidor etc.; y tampoco esta ley se cumple mas que con los pobres ignorantes que no saben hacerlo bien. La sociedad dice que se debe despreciar al embustero, al estafador, al ignorante presumido, al holgazan, al hombre de mala fé, al jugador de oficio, al intrigante etc. etc.; pero ellos son los que viven honrados y estimados, y ellos son los que mandan y disponen de todas las demas criaturas. ¿Qué es pues la sociedad? Yo lo he dicho y explicado: un complejo de hombres y mugeres y cosas, una reunion de estos tres elementos sobre la naturaleza, en la cual dispone el primero de los otros dos que son el obgeto de los deseos, de las necesidades, de las disputas y robos; una reunion donde los hombres mandan, y las mugeres y las cosas sirven á sus necesidades; donde se olvida á la naturaleza y á las leyes y á Dios; donde el placer es el obgeto de todos los deseos, de todas las acciones. Ahora

bien, reconocido el dinero como medio de comprar los placeres para evitar que fuesen conquistados por la fuerza, no se ha hecho otra cosa que condenar el valor para legitimar las intrigas, y facilitar mas el robo.

Lo único que podia contener á los hombres eran las leyes y la moral, pero la ley solo es buena para el que no necesita salvarla, y la moral no engorda al flaco, ni contiene tampoco la codicia cuando el mal ejemplo basta para pervertir, y cuando el goce tiene siempre mas atractivos que la privacion, de modo que las leyes y la moral son cuasi en el mundo una mentira.

Está probado, pues, que la sociedad á pesar de la naturaleza de las leyes y de la moral debe considerarse como una sociedad leonina, donde el provecho nunca es para el hombre de bien, y que cuando Hobbes dijo: que el hombre era esencialmente malo, tenia muchisima razon.

Ha visto ya el lector lo que es la sociedad; ahora quiero decirle lo que soy yo.

Yo soy un ente que por una fatalidad aprendi á leer y escribir sin saber lo que me hacia: un ente de esos que viven siempre á sombra de tejas, sin solar y sin mas tierra que la que pisan y la que tendrán despues de muertos, figuras ambulantes sin base ni apego á una tierra que parece que los rechaza y los despide como muebles de sobra; uno de esos semi-locos ó semi-atontados que sueñan en el honor y en la virtud, de esos que poco há dije que estaban destinados á servir de espectadores á los que en el mundo gozan, siempre oliendo la felicidad, y sin poder gustarla; uno de esos que viven sin que nadie se aperciba de ello, y llevan vacio el bolsillo, vacio el estómago, y llena la cabeza con estas tres palabras: *Justicia, deber y conciencia*, con las cuales entretienen la imaginacion hasta olvidarse del clamante estómago;

soy, en fin, lo que he sido y lo que estoy cansado de ser por muchas y muy poderosas razones, y la principal de todas porque no me va bien así, lo cual es una razón suficiente para que cualquiera mude de parecer y de modo de vivir. La experiencia, y sobre todo el temor del hambre, han venido á disipar los densos vapores que ofuscaban mi cabeza, y me hacían creer en un mundo que no era el sublunar, y algún tanto sereno principio ya á cono-

cer la sociedad, y lo que son los hombres. Sí, voy conociendo lo que es este laberinto, en que siempre salen perdidos los hombres de bien; voy conociendo que para vivir en este siglo en que vivo muriendo, como dicen los románticos, es necesario imitar á los pillos de Cervantes, y reirse de todo; he conocido en fin, que si algo he de conseguir de los hombres, es necesario que haya armonía entre la sociedad y

Yo.—V. A.

LA MUJER.

IMITACION DE WASHINGTON IRBING.

Hay algo de misterioso y de contradictorio en la organización de la mujer; y no es de extrañar que haya sido siempre un objeto de desprecio é indiferencia para unos, de admiración, de respeto y de la más entrañable ternura para otros. Ángel de paz, de consuelo y de beneficencia, ella ha obtenido los más altos y sinceros elogios de los caracteres generosos y nobles; al paso que el común de los hombres exagera con placer sus desvíos, su veleidad y sus caprichos, y oye con satisfacción cuanto deprime y envilece su dignidad y fama. La mujer sin embargo ha recibido en todas épocas una especie de culto poético de los grandes genios; y yo no sé qué de simpático y misteriosa armonía ha existido entre estos y la primera que desde el Taso y Lope de Vega hasta Byron, desde Platon hasta L' Aime-Martin y Washington Irving, las ideas más sublimes, las más sentidas y delicadas inspiraciones han sido siempre consagradas á arrebatarse la poética imaginación de la mujer, y á inundar de gozo y de consuelo su apasionado y generoso corazón. Es verdad que la generalidad de las personas, apoyada en los ejemplos comunes de la vida, juzga estos sentimientos exclu-

sivos de poetas y entusiastas, á quienes en su amargo escepticismo lanza el desden y la compasión; mas aunque el error y la ilusión estuvieran del lado de los segundos, es tan noble y sagrada la carrera de los que realzan y engrandecen la naturaleza moral del hombre, de aquellos que la arrancan alguna vez de sus groseras y materiales impresiones, hasta hacerla sentir esa parte infinita y divina comunicada por el cielo á nuestras almas, que merecieran bien la estima, la gratitud y el reconocimiento, en lugar de la indiferencia y del ridículo, que injustamente se les prodiga. Es nuestra pobre naturaleza de suyo bastante flaca y miserable, para que ofrezca mérito ni interés presentar el cuadro de sus debilidades: la pintura viva, animada, y adornada de cierto idealismo poético de lo que hay misterioso, delicado y sublime en nuestra organización, puede sola por el contrario elevar nuestros pensamientos, y mantener en el hombre la vida de la imaginación y del corazón, que es la más necesaria para su consuelo y su felicidad. La sociedad actual reconoce el poder del vicio y del crimen: hastiada de todo, busca con inquieto azoramiento descanso y solaz; pero en vano, porque

liviana y material ha proclamado los placeres y ha lanzado el desden sobre la virtud y sobre la poesía. Ella recoge los amargos frutos de la semilla que espáree; y si aquellos, cuyo corazón late al impulso de los grandes y generosos sentimientos, y en cuya imaginación no se halla todavía apagado el número para pintar con brillante colorido esa parte infinita y divina del hombre, no se presentan en la arena como los paladines de tan noble causa, hay peligro que la sociedad se barbarice con el tiempo en medio de los placeres, de la materia y del vicio, y lleguen á desaparecer todos los honrados é hidalgos pensamientos, que constituyeron en mejores días su gloriosa y brillante existencia. No se espere por ello de nosotros que pintemos la mujer bajo el desfavorable aspecto de sus debilidades y caprichos; que aunque sin número y de escaso saber hay bastante fé en nuestro corazón para admirar y respetar sus virtudes, y bastante honradez para no aumentar la abundante mies de inmoralidad, de indiferencia y de ateísmo, que hoy se arroja sobre la sociedad. Recuerdos además de agradable y cariñosa memoria dieron á nuestra alma en días de agitación y dolor tranquilidad y contento, é hicieron dulce y encantadora nuestra vida; y seríamos desleales é ingratos á tan señalados dones, si al consagrar algunas ideas á la mujer, no fuésemos para con ella tan nobles y generosos, como merecen sus buenas y bellísimas inclinaciones.

Aunque débil y delicada organización concediera el cielo á la mujer, enriqueciérala magnánimamente con las brillantes calidades que nacen de la vivacidad de la imaginación y de la generosa sensibilidad del corazón. Era un ser flaco, condenado á la compasión y á la desgracia, y dióla Dios un poder misterioso y sublime sobre el hombre, al paso que imprimiera en el alma de este un sentimiento de la más respetuosa é ideal afección hácia su na-

turalidad. Es tan dulce para las personas de grandioso y elevado temple verse arrastradas por la amabilidad y los encantos de la mujer; es tan noble para ellas respetar y servir con el más tierno y delicado esmero á un ser débil, sin otro garante de su apasionada adhesión y de sus heroicos sacrificios, que la dignidad y el pundonor del hombre; es tan santo responder con el cariño y la fidelidad más sublime á la que vierte á manos llenas descanso y consuelo sobre nuestra inquieta y agitada vida, que cuando el amor llega á estrechar dos corazones generosos, escita naturalmente toda la poesía, todas las ideas de honor, de virtud y de magnánima abnegación. Con razón se ha llamado á la mujer la fuente más fecunda y general de inspiración; porque aunque la virtud, la religión y todas las pasiones morales y profundas sean un manantial de poesía, es escaso el número de los hombres á quienes inspiran, al paso que raro el de aquellos, que no se sienten agitados y conmovidos de una manera misteriosa y poética, cuando alcanzaron por primera vez la cariñosa mirada de una mujer virtuosa, ó su corazón latió gozoso y alborozado al obtener el primer favor....

Anda el jóven en la carrera de la vida inquieto, azorado, entregado á desesperada melancolía, ó encenagado tal vez en placeres que le embrutecen y deshonoran; y ni despierta de su sueño, ni siente el encanto de la poesía y de los generosos pensamientos, hasta recibir su alma las delicadas y misteriosas impresiones del amor: hay entonces un cambio en su naturaleza moral; y el que ayer en sentidas imprecaciones y dolorosos ayes maldigera su estrella y su ventura, y olvidara á Dios en el furor de su intenso y amargo padecer; hoy invoca postrado y agradecido su santo nombre, y no trocará su fortuna por la del más dichoso mortal. Con razón ha sentido el apasionado número de Byron, que la

religion eleva el hombre al cielo, y que el amor hace descender el cielo sobre la tierra; porque tal es el primer efecto, que el cariño de una muger virtuosa produce en la imaginacion del jóven; y no solo moraliza sus costumbres, vuelve la calma á su lacerao corazon, y hace suave y tranquila su existencia, si que despierta en él la poesía, el amor de la gloria y de las grandes cosas. Oyera el mundo cantar la desesperacion, el amargo escepticismo y el genio del mal y del dolor al entristecido y desolado jóven, cuya alma no se abrió jamás á las impresiones del amor; y no bien le mirára su amada cariñosa y dulce, y con su delicada mano estrechára su oprimido pecho, cuando sus primeras inspiraciones son todas himnos de gozo, de consuelo y de felicidad. La vida no le es ya pesada y dolorosa; y si ha debido al cielo nobles inclinaciones y aventajado ingenio, no quedarán sin provecho para la sociedad tan señalados dones; que no le importa ahora el aplauso, la indiferencia, ó el desden del mundo, porque concentrada su alma en un solo punto, ella vive únicamente para un ser, y halla en su contento el mas cumplido premio y el galardón mas lisongero de sus trabajos.

Hay en la naturaleza de todos los hombres de elevado carácter un instinto delicado y sublime que le conduce á desear el sacrificio y abnegacion de su persona, á algun ser digno por sus altas y generosas prendas de tan esclarecido favor; y es el corazon de una muger virtuosa el último término de sus esperanzas, y el centro donde vienen á depositar todo lo que hay mas íntimo, moral y profundo en su vida poética. Pródigamente corresponde la muger á tan sublime adhesion: gozosa y alborozada abandona desde los primeros dias su alma y voluntad al que la sirve con ternura; y jamás separará un momento su imaginacion de la memoria y entrañable re-

uerdo del objeto de su cariño. No habrá alegría ni pesar en su amante ó en su esposo, que no se vea al punto trasladado en su delicada y misteriosa fisonomía, porque olvidada de sí, solo vive para otro, y su corazon parece únicamente destinado á sentir las ajenas impresiones. Es en especial, si la amargura y el dolor combaten duramente la existencia del hombre, el tiempo en que despliega la magnanimidad de su carácter, la poesía de su alma, y la ternura de sus sentimientos; porque entonces se desprende completamente de sí y elévase hasta el mas sublime temple para consolar al triste y hacer llevaderos y dulces los dias del hombre. Sale éste del regazo de su cariñosa madre, ó de los brazos de su amante ó de su esposa, y todo en el mundo, hasta la gloria misma, contribuye á llenar su vida de agitacion y desasosegada inquietud: todo tiende á destruir sus ilusiones y dorados sueños, á presentarle en su desagradable verdad la prosa de la vida, ó á envenenar su existencia con penetrante y agudo pesar: únicamente en el hogar doméstico, en el cariño de una madre, en la ternura de su amada ó de su esposa, es donde encuentra el corazon del hombre calma para su inquietud, consuelo para sus penas, alivio y solaz para todas las enfermedades de su alma; allí hay para él un fondo inagotable de felicidad; solo allí siente de nuevo la poesía de su imaginacion, y su voluntad recibe una energía misteriosa para sostenerse al través de los disgustos y tristes desengaños de la vida. ¡Cuán graves y sagradas obligaciones ocupan el pensamiento del hombre! y la poesía y el afecto de su corazon se reparten entre su esposa y entre sus hijos, la Providencia concede á la muger el amor inexplicable de madre, y su ternura é inagotable cariño para el fruto de su amor renueva y aumenta el cariño y la ternura hácia su esposo; y no parece sino que el delicado esmero con sus hijos es la reproduccion y la estension

del amor á su esposo para obgetos de reciproca y entrañable predileccion. Cuando por fin llega al hombre el dia de su muerte, es siempre la última persona que oprimida y desolada ve junto á su fúnebre lecho, la de la madre, esposa ó hija, que le consolará en sus desgracias, y encantaré su vida; y la primera y la postrer plegaria que se dirige al cielo por su descanso y eterna felicidad, es siempre tambien la de la muger que lo amó. Dios sin duda ha

querido darle dolores y padecimientos por el hombre desde el nacimiento de éste hasta su muerte, y haberla encargado sin embargo de ser el sosten, el apoyo y el consuelo de su vida desde el primero hasta el último instante. Por eso ha merecido en todos tiempos la muger la admiracion y delicado respeto de los grandes genios, y por eso hemos consagrado en nuestros poéticos recuerdos una página de gratitud y deferencia á su misteriosa y sublime naturaleza.

F. G. Moron.

IDEAS VARIAS.

Sin embargo del chasco que me habeis dado, crueles lectores (que desde hoy os apeo el tratamiento), pues cuando yo esperaba me llenariais de piropos (remitiéndolos francos por supuesto), no ha habido nadie que me haya dicho esta boca es mia; yo no hago caso ya que nadie hace caso de mí, y vuelvo á escribir seguro que al menos lo leerá el cajista al componerlo, y esto me basta, que mi ambicion es poca. ¿Dige que nadie me habia dicho nada? pues mentí (y es cosa que no tengo de costumbre), pues entre otros interpe-lantes, se me llegó uno bonitamente, y me dijo: D. Melchor, ¿quién diablos ha tentado á V. á escribir tanta san-dez como estampó en sus variedades? V. no conoce que Dios no le llama por ese camino: V. murmure á la verbal todo lo que le ocurra, que se le oirá con gusto, y dégese de escribir, que á mas de ser todo ello muy malo es muy pe-sado.—Venga V. aqui, hijo de Sata-nas, ¿no le dige ya que era una enfer-medad, v. gr., como la que V. padece de hablar de todo, y decidir de todo sin entender palabra de nada? V. no ignora que sabe bien poco, y sin em-bargo habla; con que no hay mas que paciencia, y si es pesado dejarlo caer, que yo por eso ni me suicidaré ni desafiaré á V., y asi negocio conclui-

do; y no se amostaze V. porque le diga esto, que antes debí amostazarme yo cuando se me vino V. encima con sus paternales consejos. ¿Quiere V. que le diga una cosa? veo que hay mucha envidia entre nosotros, y mucha pan-dilla entre los escritores, que si no otro gallo me cantára; pero como he dicho no hago caso y sigo con mi tema. ¿Qué os parece, lectores de mi alma, de los consejitos del tal hombre? Por ahora voy á emprenderla con ciertos padres, como vereis en el siguiente párrafo.

1.º

Pues, señor, hay ciertos padres que al nacerles un hijo, en vez de coger el calendario para ponerles por nombre el del santo del dia ó cualquier otro de su devocion, agarran la Matilde ó las Cruzadas, ú otra novelita de Arlin-court, y me bautizan á la criatura lla-mándola Ricardo, Godofredo, Elodia ó Malvina. ¡Oh vanidad y tontería jun-tas! como si pudieran transmitirles el Pantagelet ó Bullon que no tienen; es-tos llegan á ser el tio Ricardo, el tio Godofredo y nada mas, y pasan oscu-ros y mueren oscuros sin poeta que los cante, ni mármol que conserve sus nombres. Donde hay un Juan, Pedro, Jaime, Francisco, Cármen, Rosa y Te-resa, nombres tan bonitos y tan nues-

tros, salirnos con tanta ridiculez, es hacer reir al mismo tiempo que da compasion. ¿Quién no la tiene al ver á un Scipion (domador de Africa) lleno de mocos y babas, y á una Clotilde con las greñas colgando y llena de legañas? Desengañaos buenos hombres, y como he dicho, no consulteis mas que al calendario, que alli que escoger hay, como no trateis de librarlos (por no saberlo nadie) el dia de su *santo* de recibir felicitaciones y músicas de ciego. Pero degemos esto, que al fin y al postre no es mas que cuestion de nombre.

2.º

Ya tenemos al niño del bonito nombre talludito, y aprendidos los primeros rudimentos, estudia gramática (latina por supuesto) y filosofía, y en seguida se toca llamada de familia y se decide *ex comuni consensu* que estudie leyes, porque es preciso que haya un abogado en la familia, asi como antes era indispensable tener un capellan ó un frailecito (personages suprimidos el último y poco menos el primero, y sea dicho de paso); se le manda á una universidad, puesto que las tenemos de sobra, donde aprende de todo menos de lo que le enseñan y de lo que debiera aprender. Llega á empellones y como Dios le da á entender á graduarse despues de pasar mil apuros; pero al fin llega, y con la ayuda de otro mas aplicado que le hace la disertacion, y con aprenderse unas cuantas definiciones y poca aprension, sale sino airoso abante que es lo que importa. En todo este tiempo, ¿qué de sacrificios no hacen los buenos de los padres! ya se ve, el jóven tiene que rozarse con gentes, y ha de ostentar un rango del que á veces carece su familia, y tiene que vestir con mas decencia (gracias á la supresion de los manteos, que con poco dinero cubrian el cuerpo del estudiante años enteros sin mas galas ni ornatos) esto, amen de las matriculas, libros, grado &c. &c. y algun otro reservado.

A los padres les cae la haba pensando en el dia que su hijo se reciba y reciban ellos la enhorabuena. Llega por fin la época deseada en que el estudiante va á dejar de serlo, pasando á ocupar un lugar distinguido en la sociedad, y suda la gota tan gorda, pues no sabe mas que lo poco que ha oido, y no ha estudiado en otros libros que en los de Rouseau y Balzac y algun otro con que nos regalan nuestros vecinos con el santo obgeto de moralizar nuestra juventud; pero se revalida, recoge su título y hételo aqui abogado de los tribunales nacionales y facultado para morir de hambre; porque es claro que con la nube de abogados que anualmente salen de nuestras universidades está inundada la península, y están sin tener ni un pleito, sujetos á esperar que les manden hacer algun memorial ó asistir como hombres buenos á algun juicio de conciliacion, pues hoy con solo el título de abogado, si un raro incidente no proporciona alguna clientela, se tiene (como he dicho) suficiente para perecer no siendo un hombre aventajado, pues éste siempre cuenta la fortuna hecha. Concluiré con decir lo que dijo cierto dómine traduciendo lo de Jesucristo: *multi sunt vocati, pauci vero electi*; muchos son los abogados, pocos los que ganan bastante para ser electores.

3.º

¿Qué aprende Florinda en la labor? Aprende á coser, bordar, leer, escribir, gramática, educacion, francés, italiano, música, dibujo, geografía; á pintar á la oriental, á hacer petacas, guantes, bolsillos, &c. &c. y todo esto á los ocho años. Su cabeza es una Babel, en donde está todo confundido; veremos qué le queda de tanto como le han enseñado á los quince: llegan y ¿qué hace? nada: aun no ha cosido una camisa, pero baila y canta; esto la hará lucir, lo otro no faltará quien lo haga mientras haya viudas necesitadas y monjas. Lee mucho, pero

lee lo que no debiera: su cabeza está llena con la lectura de suicidios, hadas, duendes, adulterios, desafíos y patibulos, y sus pasiones puestas en juego antes de tiempo han deteriorado su salud, y está macilenta y llorando de día y de noche; apenas sale de su cuarto, y se niega aun al trato de sus mejores amigas; y como no hace nada aquella imaginación no descansa y se la ve consumir por momentos: el día lo pasa con sus queridos libros, y llega la noche y la retrata su acalorada imaginación todo lo que ha leído, y en vez del dulce sueño que debiera gozar, pasa una velada inquieta sin lograr el descanso que busca, y para ella es *duro campo de batalla el lecho*, en donde después de bregar por largas horas se entrega rendida a un soporamiento que la fatiga más que estar en vela. Todo esto es efecto de esa esmerada educación que dais á vuestras hijas: vosotros las asesináis. En mis tiempos las jóvenes sabían más sabiendo menos; sabían más de las labores propias del sexo destinado á hacer la felicidad doméstica, y lo de mero lujo y adorno lo aprendían después que estaban cansadas de hacer todas las faenas de la mujer. Para entrar un libro en la casa donde había una joven, pasaba una escrupulosa censura egercida por los gefes de la familia, y muchas veces ni aun al teatro se la

permitía asistir sino se estaba seguro de la moralidad de la pieza que se representaba. Hoy no: hoy lo ha de saber todo, pues con esto lo ha de ver todo, pues con esto aprende.... ¿á qué? ¿á qué aprende? Vosotros lo sabéis y lo llorais luego. Pero ¿quién me ha metido á misionero á mí, á mí, queridos lectores, que comencé este parrafito tan alegre, y le dí luego estas piucedadas tan oscuras? Me salí de mi propósito sin querer; á muchos nos sucede lo mismo; empezamos cosas de burla, que luego nos salen muy serias.

Pero escrito está lo escrito y hasta, y concluyo como he comenzado diciendo, que es imposible que á los 14 años conserve nada de lo que le han enseñado tan de prisa, una joven cuya edad era más á propósito para jugar con unas muñecas que para entregarse á estudios tan serios.

Á propósito de leer: os recuerdo lo de aquella joven que tenía un libro en las manos, y preguntándola que leía, contestó: la vida de Carlos U, capítulo *Equis*. ¿Qué tal? pues bailaba muy bien, y cantaba en italiano que era un pasmo.

Hasta la otra, y no hay que venirme con si lo escrito es malo ó bueno: con no leerlo estamos en paz: á Dios amados lectores, que es tarde y el redactor águarda lo de

D. Melchor.

EL CABAÑAL.

Una de las épocas en que más se descubren los singulares rasgos del carácter valenciano, es la estación de los baños. El camino del Grao, joya preciosa de las ricas cercanías de esta capital, presenta el espectáculo más animado y pintoresco que puede concebir nuestra imaginación al acercarse la hora acostumbrada en que una parte considerable de la población se traslada á la playa. La media legua, que más bien

que camino es una frondosa alameda, que continúa la que termina en la subida del puente, se ve cubierta de carruages de todas clases, cuyo número no bajará de 500, ocupados en trasportar las gentes que afluyen á la puerta del Mar. Por desgracia el camino no está tan bien conservado como merece su importancia y las sumas que en él se han invertido. Construido sobre una lengua de tierra cuyo valor es de gran

precio, fue recompuesto hará cosa de tres años conforme al sistema de Macadan; pero la calidad de la piedra que se empleó en formar la grava artificial y la falta de cuidado en su mantenimiento no han proporcionado las ventajas que eran consiguientes. Otra novedad importante á la comodidad de los concurrentes ha sido la introduccion de los *omnibus*, que no ha dejado de establecer una division entre el público que usa levita y el público que gasta chaqueta, con grave perjuicio de los tartaneros que no pueden cargar asientos con exceso al módico precio de un real de vellon. El público elegante por fuerza ha de preferir los bonitos y desahogados coches; y el que tenga idea de lanzarse á elevados puestos, cuyo anhelo no deja de ser comun, puede escoger su asiento en el imperial con solo el pequeño riesgo, si su cabeza adorna con luengas guedejas, de imitar al malogrado Absalon, quedando prendido de las verdes ramas de algun álamo. Aquel sitio no deja de tener un gran atractivo. Desde allí se enseorea toda la bella y rica campiña de uno y otro lado, al traves de un pintoresco toldo: confesemos sin embargo, cuando está regado el camino; es hermoso ver cruzar por debajo de nuestros pies las modestas tartanas sorteando el bulto para no ser arrolladas por aquellas enormes máquinas que han venido á disputarles la pacífica posesion del transporte de los bañistas.

De algunos años á esta parte se ha establecido un nuevo sitio de baños inmediato al contramuelle, en un suelo pedregoso, incómodo y desigual, y menos espacioso que el antiguo. Nosotros no concebimos ventajas mas que para los tartaneros, que ahorran á los caballos la fatiga del arenal, y para los aficionados á estudiar las formas y el desnudo de la hermosa mitad de la especie humana, que pueden contemplar algun tanto mas cerca en este baño; y que dificilmente puede sustraerse á las curiosas y atrevidas miradas,

porque lo impiden las rocas del contramuelle. El antiguo baño casi ha quedado solo para los que habitan en el Cabañal; y esto no ha contribuido poco á disminuir la animacion y movimiento que ocasionaba el tránsito de un sin número de carruages, reducido ahora á los que van á él directamente, y dándole cierto aire de tristeza que solo desaparece en los dias festivos.

Apenas llega la Virgen del Cármen ya empieza á notarse cierta agitacion; unos mandan sus equipages, otros visitan una por una todas las habitaciones que hay por alquilar; piden precios, forman su presupuesto, y en los dias que trascurren hasta San Jaime, no hay uno que no haya trasladado allí sus caros penates. El verano puede retardar su venida, como por egemplo ha sucedido en el presente año; pero ellos allí se encuentran instalados, aunque cayese á copos la nieve; suceso extraordinario, pero que no seria la primera vez si no mienten tradiciones. La primera noche se pasa mal, no es decir por esto que las demas se pasen bien, pues todos los habitantes de aquellas desiertas moradas, cumpliendo con la etiqueta, salen á visitar á los recién llegados huéspedes, que en fuerza de cortesía no cierran sus párpados en toda la noche. Nunca nos parece tan bien venido el dia como cuando ésta se ha pasado de claro en claro; y así no bien llegan á vislumbrarse los primeros albores, el que tiene negocios en la ciudad y quiere aprovechar el baño, deja la blanda cama y endereza sus pasos hácia la playa del mar. Aqui venia muy á pelo una poética descripcion de la salida magestuosa del sol dorando las cumbres, el mar dormido y el aura que riza suavemente las olas; pero nos impiden hacerla varios motivos, estar por lo que opina el Sr Breton, cuando dice en una linda letrilla: «pero la cama es mejor,» no haber presenciado sino rara vez tan sublime espectáculo; y el mayor de todos, que el que pasa de la cama al baño, no está entonces

para recibir impresiones, que harta impresion causa el agua fria al que abandona las sábanas en aquel momento. Durante el dia suele haber pocos hombres, como los zánganos en la colmena, aquellos precisos para dar calor, y las mugeres gobiernan sin ningun género de oposicion. En lo fuerte del dia es la hora mas á propósito para citas y galanteos; cuando se deja caer aquel sol de justicia, cuando no hay quien pueda sentar el pié en aquella arena candente, nadie se cura de lo que pasa en casa del vecino, y el calor ahoga hasta el instinto de curiosidad.

Buen provecho le haga al que quiera vivir en esa especie de república, salvo el que tenga en ella obgeto y ocupacion, que siendo las mugeres el mayor número, tendríamos que obedecer por la ley de las mayorías, y no nos encontramos con ánimo de abdicar nuestros incontestables derechos. Por la tarde empieza á poblarse aquello, pero cada uno se cuele en su huronera, y cuanta mas gente va, menos aparece en las calles, pues solo los que están en clase de transeuntes y sin casa ni hogar son los que pasean calle arriba, calle abajo, pasando revista á los que se encuentran sentados á las puertas, que tambien se hallan socorridos. La época en que fue mas brillante la estacion del Cabañal fue los años del 27 al 30; y no recordamos que desde entonces hayan habido con mas frecuencia bailes, conciertos, serenatas y otros pasatiempos propios de la buena sociedad. Aquello pasó como pasa todo lo que está sujeto al imperio caprichoso de la moda; y sin que nuestro ánimo sea ofender á los que al presente concurren, no podemos menos de decir que en el dia hay mucho mas aislamiento que entonces. Siempre suele haber algunos que toman á su cargo divertirse divirtiendo á los demas, y en este número ha habido quien ha tenido gusto, dejando un recuerdo

grato en los anales del Cabañal y otros que nadie se acuerda de ellos como huéspedes incómodos y molestos.

La guerra ocasionó un interregno de algunos años porque nadie gustaba permanecer en continua alarma; y los que quisieron arrostrar el peligro, bien parados quedaron con la inesperada visita de Sanz y Forcadell. Concluida ésta volvió á renacer la aficion, y en poco mas de un año hemos visto surgir como por encanto una nueva linea de elegantes y hermosas alquerías; á la que sucederá otra á medida que el mar vaya cediendo poco á poco algo mas de su blando lecho. Y diremos de paso á un célebre y festivo escritor que al hablar de la aldea de Biaritz, en Bayon, dice que no puede compararse aquel establecimiento con nuestro Cabañal de chozas de paja de arroz y su sabor oriental; que cuando se digne volver á visitarnos verá que las pobres barracas han quedado oscurecidas y postergadas á la par de los nuevos y cómodos edificios.

En lo que anda escaso es en cafes y fondas, y esto es suficiente á probar que cuando esto no entra en la especulacion, claro está que será porque no habrá consumidores. Si alguno desea pasar un dia sin ir á costa del prógimo y no comer solo pescado frito, tiene que mortificarse en la estéril y desaseada fonda del muelle, y disponerse á sufrir algun cólico en pago de su inesperienza.

La clase artesana está en posesion de una gran parte del Cabañal, porque es en la que ha cundido mas que en ninguna otra la mania de tener una habitacion en aquel sitio. Asi que pueden allegar un pequeño capital lo emplean en dicho obgeto, y cuando menos en tomar alguna alquilada. Esto no deja de ser un rasgo verdadero de nuestro genio. Nuestro instinto mas desarrollado es de gozar; y las necesidades que impone el vivir en un cli-

ma templado y bajo un cielo benigno y casi siempre sereno, son bien reducidas y fácilmente satisfechas. El amor al goce y la independencia son condiciones inherentes á nuestro clima meridional, propias de un país fértil y abundante en los mas preciados dones de la naturaleza. La codicia y el afán son necesidades, donde los esfuerzos del hombre apenas bastan á vencer los obstáculos que la naturaleza opone á su existencia.

Los domingos se dedican á los deportes y *paellas* entre aquellos que no pueden destinar otro día de la semana, y el Cabañal es el sitio elegido durante esta estacion. El que haya observado detenidamente la alegría y expansion que reina en estas reuniones, verá que son mas inocentes de lo que muchos piensan. Los días de S. Juan y S. Pedro, concurren los labradores de la huerta y pueblos inmediatos, guiados

por otro móvil mas sagrado, la fe en la virtud que creen tener ese día las aguas del mar. Concluiremos haciendo mencion de una cosa nueva que hemos observado este año, para que se vea si somos ó no industriosos. Las tartanas que entran á descargar en la plaza de la Aduana vieja, se hallaban á oscuras con riesgo de los intereses de unos y otros; pues bien, así que llega el anochecer discurren por la plaza muchachos con un farolito en la mano, y luego que pára alguna, corren á prestar este servicio por el estipendio que quieran darles: esto se llama saber ingeniar para matar el hambre. Nuestros lectores nos dispensarán todas las inexactitudes que podamos haber cometido; y continuaremos en el mismo estilo, cuando el tiempo, el buen humor y el solo objeto nos lo permitan.

P.

À LA JUVENTUD.

Vosotros que cual yo llegais al mundo
Latiendo el pecho de entusiasmo ardiente,
Anhelando llenar la jóven frente
De luz preclara, de saber profundo.

Hoy que triunfantes por do quiera miro
La audacia, la maldad y la impostura,
Y oigo llamar á la verdad locura,
Y á la virtud lanzar hondo suspiro.

Vosotros, caminantes inespertos,
Débiles como yo, solos, perdidos,
Entre sirenas, mónstruos y bandidos,
Que infestan esos golfos y desiertos.

Oid por compasion el triste canto
De otro infeliz que en la arenosa via,
Solo tambien entre la raza impía,
Sus gritos oye con horror y espanto.

Escuchad, sí, venid, tomad mi diestra;
Que en vosotros no mas aquí en el suelo,
Puede mi corazon hallar consuelo,
Que pura conservais el alma vuestra.

¡Ah! si, oidme y llegad; dadme la mano:

Yo amo tambien á quien en Dios espera;
Mis cantos son de amor, mi voz sincera....
Sí, á mis brazos venid: soy vuestro hermano.

Y vosotros, del mal secuaces viles,
Que reís del honor al nombre augusto,
Y el valor desdeñais del fuerte y justo
Con chistes y sarcasmos pueriles.

Que el placer no entendeis de la inocencia,
Ni la grandeza del que á Dios se humilla,
Ni cuán sublime con su enojo brilla
La vírgen que rechaza la impudencia.

Que seco el corazon, fria la mente,
Creyéndoos dioses dislocais el mundo,
Mientras os hincáis ante el placer inmundo
Que el hombre material tan solo siente.

Que temblais al mirar como se inflaman
Los nobles pechos que á la vida llegan,
Y á la razon y la virtud se entregan,
Y en su alma el reino del amor proclaman.

No temais, no, que mis palabras viertan
Gotas de hiel, clamores de venganza;

Ni en voz de seducción, ni de matanza
Los ecos de mi lira se conviertan.

No temais que el furor sus cuerdas hiera...
Nada temais del arpa débil mía;
Que á vuestros pechos fulminar podría
Odio no mas si aborrecer supiera.

Yo al viento sin temor daré mi canto,
En contra á la impiedad y á la mentira...
¿Qué importa bramen vuestros pechos de ira
Y el orbe llenen de terror y espanto?

Un dia ha de alumbrar al orbe mismo
El sol de la verdad, y en aquel dia,
Hollará con desdén la raza impía
Que por ciencia y virtud le da un abismo.

Un abismo es de horror sin luz ni fondo
Por el orgullo á la impiedad abierto,
Cuyo sendero de jazmin cubierto,
Termina en charcos de veneno y hiel,
Do el ameno jardin ya se ha tornado
Fácil pendiente por do el pie resbala,
Y hondos suspiros el mortal exhala,
Herida su alma por la duda cruel.

Que no descubre ya las bellas flores
Que orlaban del camino la ancha entrada,
Ni aspira el aura dulce y regalada
Cuyo aliento hasta allí le encaminó:
Ni hay en su torno campos ni verdura,
Ni ave alguna cantando sus amores,
Ni del alba descubre los fulgores,
Ni la verdad jamás allí sonó.

Un ardiente arenal desierto y triste
Forma los bordes del abismo inmenso:
Tan solo se oye por el yermo estenso
El murmullo de impúdico danzar:
Y allí se ve con arte y gentileza
Aparecer livianas mil mugeres,
Que á una turba sedienta de placeres
Tras ellas por la cuesta hacen bajar.

Se ven matronas con brillantes galas
Ofreciendo esplendor, imperios y oro;
Viejos que del saber el gran te o o
A quien los siga dicen que darán:
Y danzas, galas, cantos y mentiras,
Con matronas, sirenas, viejos, bellas,
Y cuantos siguen sus impuras huellas,
Rodando todos al abismo van.

Y entre la loca, estúpida alegría,
Profundos ayes de dolor se escuchan
A los que en medio de la cuesta luchan,
Por detener el agitado pie,
Que un impulso infernal resbalar hace
Y bajar la pendiente presuroso,
Que el borde forma del horrible foso
Que abierto ya para tragarlos vé.

Vano es buscar favor, vano el gemido,
Que á nadie ya retroceder es dado...
Solo una humilde puerta que hay á un lado,
Al triste que entra allí puede salvar:
Pero es angosta la salida y baja;
Y el que no osa doblar su altiva frente,
Tropieza y cae luego á la pendiente
Que hácia el fondo otra vez le hace rodar.

Tan solo el que su cuerpo encorva humilde
Y huella con el pie la sien erguida
Del mónstruo audáz que orgullo se apellida
Y amenaza á quien sale por allí;
Solo él logra cruzar la estrecha puerta
Y huir de la mansion de horror y espanto,
Vertiendo en el umbral amargo llanto
Al recordar su ciego frenesí.

Y lejos ya del caos, de la duda,
Lleno el pecho de fé, de ardor el alma,
Acata al Dios que le tornó la calma,
Y del horrible abismo le guardó:
Y en himnos de loor al Ser Eterno
Su pasada blasfemia se convierte,
Borrando con las lágrimas que vierte
La negra mancha que su rostro ajó.

Y hermanos llama á los mortales todos,
Y el bien á todos esparcir desea,
Sin ansiar que su afan el mundo vea,
Sin esperar del hombre galardón:
Que otra es la mano que sus pasos guía,
Otro es el ojo que ante sí descubre...
Eterno observador, al que no encubre
Un latido siquiera el corazón.

El dicta siempre la verdad al lábio;
Por él los tiros del orgullo vano,
De odio y furor, y del amor liviano,
Logra el alma con brio rechazar:
Por él bendice su aflicción el triste;
Por él cubre el rubor á las doncellas;
Por él son las pasiones puras, bellas,

Por él saben los hombres qué es amar.

¡Ah! ¿qué fuera, Señor, la vida nuestra,
Si el mortal no supiera que tú miras
Sus ansias todas, sus ocultas iras,
Sus ardides, su hipócrita ficción?
¿Qué fuera, ¡oh Dios! si la impiedad triun-
El mentido saber borrar pudiera, (fante,
La ardiente fé del alma que en tí espera,
Dejando seco y frio el corazon?

¡Ah! ¡cuán triste es vivir sin esperanza,
Sin ansias, sin amor, entre la duda!...
¡Oh! ¡cuán amarga la existencia y cruda,
Si no sabe el mortal á dónde va!...
¡Qué horrible el mundo, si en la tumba viendo
Su fin el hombre, en explotar se afana
Los torpes goces de ambicion liviana
Sin freno, sin temor al *mas allá!*...

Yo lo ví, no dudeis: yo mismo el día
Que entré en el mundo de saber sediento,
Oí estasiado el lisongero acento
Que halaga nuestro orgullo juvenil:
Y en pos de la verdad volé á escucharlo,
El error condenando y la impostura...
Mas temblé al descubrir la raza impura,
Audáz, blasfema, seductora y vil.

Sí, yo lo sé: yo quise incauto un día
Ver qué encerraba la vedada copa...
¡Ah! no toqueis un pliegue de esa ropa...
No oseis alzarla... huid, que os dañará.
Yo lo sé; no os llegueis; no deis oído
A esas voces que crédulos os llaman.
No, no es saber; es hiel lo que derraman
Al que sus ecos escuchando va.

Sí, aun mi corazon de asombro tiembla.

Caducos viejos á la estancia guiaban
Do errantes todos, míseros vagaban,
Do horror se halla no mas y oscuridad.
No les creais. Si os dicen que su ciencia
Es la verdad, la luz..., decid que mienten.
Cuando á la fé cual vieja ya os presenten...
La calva frente de ellos señalad.

¡Decrépitos ya son!... ¡Ah! que esas canas
A incautos mil un día sedugeron,
Y en sus almas aun vírgenes vertieron
De amarga duda venenosa biel.
No les creais, huid... Mas si al volveros,
De aparentes virtudes revestidos,
A mil jóvenes viereis que rendidos
Ensalzan la piedad del hombre fiel,

Por el cálculo vil guiados solo,
Mientras caminan á la impura orgía
Amor cantando con el alma fria,
Traficantes del nombre del Señor...
No les creais, que hipócritas os burlan:
Huid del que virtud predica al mundo,
Mientras en brazos del placer inmundo,
Ni acata al cielo, ni entendió el amor.

Mas ¡ah! ¡yo aconsejar oso á vosotros
Lo que aprender de vuestros lábios debo!...
¡Oh! perdonad, amigos, si me atrevo
Mi osado canto á dirigir á vos:
Que al ver maldad do quier, bageza y ódio,
En vosotros no mas aquí en el suelo
Puede mi corazon hallar consuelo,
Que amais al hombre y adorais á Dios.

José Herrero y Ruiz.

CRÓNICA DEL MES DE AGOSTO. NECROLOGIA (1).

El día 14 de julio próximo pasado perdió el Liceo uno de sus socios mas apreciables, y esta pérdida le ha sido tanto mas sensible, cuanto era menos esperada. Trasladado á la Vallesa el joven D. José de Los-Ancos y Manuel de Villena, con el obgeto de inspeccionar una de sus heredades, quiso en mal hora bañarse en la playa de Murviedro,

é internado en el mar sin advertir lo mucho que se alejaba de su orilla, vióse de repente envuelto por las olas, y sucumbió por último á su furor, sin que pudieran salvarle los esfuerzos de su agonía, ni el arrojado de algunos labradores que presenciaban su desventura.

D. José de Los-Ancos, vástago y heredero

(1) La abundancia de materiales no nos permitió insertarlo en el número anterior segun lo exigian nuestros deseos nacidos de la mas pura amistad que profesábamos al malogrado joven D. José de Los-Ancos.

de una de las familias mas ilustres de España, fue educado en su infancia por su padre con particular esmero, y cuando lo permitió su edad se le puso en el colegio de Vergara, en Guipúzcoa, en donde permaneció hasta mediados de 1827, en que, teniendo ya 14 años, vino á esta universidad literaria á cursar filosofía, en cuyo estudio hizo envidiables adelantos. En el segundo de dicha facultad se alistó en las aulas de botánica y matemáticas; de cuyas ciencias adquirió unos conocimientos nada comunes, particularmente de la primera, por ser decididamente apasionado á las ciencias naturales. Por esta misma razon estaba muy versado en la agricultura y horticultura.

Concluida la filosofía cursó los dos primeros años de leyes, y obtenida su matrícula marchó á Madrid, donde estudió zoología con notable aprovechamiento.

En el año 35 pasó á París con el solo objeto de viajar; mas no pudiendo su aplicacion permanecer mucho tiempo en un pueblo sin hacer alguna cosa, y poseyendo el idioma frances con perfeccion, se alistó en la facultad de derecho en la universidad de la capital de Francia. Fue tan continuado

su estudio, ya en las leyes de aquel reino, como tambien en economía política, administracion y derecho público que hizo grandes adelantos; tanto que ademas de ser la admiracion de los profesores, en los rigurosos exámenes que sufrió al recibirse de abogado, consiguió la nota de sobresaliente. Habiendo á fines del año 38 regresado á Madrid, asistió constantemente al Ateneo, á cuyo establecimiento pertenecía, hasta el mes de junio de 1839 que vino á esta ciudad á restablecerse de los quebrantos de su salud, efecto de su aplicacion, y á administrar la parte de bienes que tiene su padre en este reino.

Esta desgracia ha sido llorada por todos los que tenian el honor de conocer á un jóven de tan recomendables prendas, y en quien tenia formadas muy profundas esperanzas, y muy particularmente por esta corporacion que le apreciaba como sus virtudes y talentos se merecian. Concluiremos diciendo, que si su familia siente la pérdida de un buen hijo, los amigos no tienen menos motivos para deplorar le muerte de tan perfecto caballero.

CURSO DE HISTORIA

DE LA CIVILIZACION DE ESPAÑA,

POR DON FERMIN GONZALO MORON.

ARTICULO SEGUNDO (1).

Continúan viendo la luz pública las lecciones pronunciadas en el Liceo de esta capital, y en el Ateneo de Madrid por el jóven profesor D. Fermin Gonzalo Moron, y crece de punto su interés y su utilidad, á medida que internándose el historiador en el exámen de las cuestiones mas intrincadas, nos manifiesta mas de lleno la inmensidad de su erudicion y la solidéz de su talento.

Cuando dijimos en nuestro artículo anterior que parecia imposible que hubiese podido atesorar un jóven, á los 25 años de su edad, tan gran copia de conocimientos como la que se nota en la obra que nos ocupa, estábamos muy distantes de creer que aquella nuestra admiracion debia ser mucho mayor, cuando apareciesen la tercera y cuarta leccion y el apéndice que las subsigue; empero esta parte del curso histórico acaba de apa-

recer, y nosotros no podemos menos de confesar que ha sobrepujado nuestras esperanzas.

Desenvuelta la teoría de la civilizacion en las dos primeras lecciones, reseñada la de los primeros imperios del mundo, y descrita por último con detenimiento la de los pueblos de la Grecia, pasa nuestro autor en su tercera al exámen de la romana.

Difícil es hablar de esta nacion gigante, cuya historia ha sido examinada por los talentos mas privilegiados de todas las épocas; difícil ofrecer novedad en la pintura de unas costumbres que han sido el objeto de las meditaciones mas profundas de Bosuet, de Montesquien y de Chateaubriand. Nada arredra sin embargo al Sr. Moron, y una vez acometida la empresa y lanzado en la arena, sabe acreditar que no es superior á sus fuerzas la carga que ha impuesto á sus

(1) Véase el primer artículo inserto en el número segundo de este periódico, suscritos ambos por el mismo autor de los artículos históricos que se han publicado en la segunda serie del Liceo valenciano.

hombros, y que aun se pueden añadir algunas páginas brillantes á aquellas con que han enriquecido la ciencia los ilustres ingenios que hemos citado. Véase en comprobacion de nuestro aserto la incomparable destreza con que nos pinta á aquel gran pueblo, señor del mundo en su infancia, esclavo de sus vicios en su edad viril y presa de los bárbaros del norte en su decrepitud: véase el acierto con que nos demuestra la semejanza de la civilizacion romana con la de oriente, la griega y la moderna; los males ocasionados por el exclusivismo de un solo principio; y la salvadora influencia ejercida por la religion cristiana desde el nacimiento de Jesucristo en los albores del imperio hasta su completo desmembramiento. Nosotros no podemos rehusarnos el placer de trasladar aqui algunos de los rasgos contenidos en este último cuadro: existe en ellos tanta verdad y tanto entusiasmo, que no pueden ser leídos sin que sientan al punto los lectores la grande admiracion que se merecen la santidad del Evangelio y el heroismo de los primeros cristianos.

«En vano, dice el historiador, el órden inaugurado por la monarquía de Octaviano, pretende regenerar la república; en vano se promulgan leyes en favor de las costumbres y contra la inmoralidad de los celibes: la corrupcion y la liviandad no pueden contenerse ni aun dentro del palacio del César; mugeres y parientas de caballeros romanos se inscriben como Rameras en los registros del Edil, y el pueblo de los Cacios, de los Valerios, de los Terentilos y de los Gracos, aquel pueblo tan ardiente por la libertad solo pide pan y diversiones; y la asamblea augusta á quien el embajador de Pirro habia dado el título de senado de Reyes lleva su envilecimiento y su servilismo hasta condenar al fuego los libros de Cremucio-Cordo, que en la desesperacion del corazón por la ruina de la república, habia llamado á Bruto y á Casio los últimos romanos.... Es, señores, este momento solemne en que la sociedad estaba amenazada de una disolucion próxima, el que el Omnipotente allá desde las altas regiones del empireo, elige para revelar á los hombres la verdad religiosa y moral, y regenerar á la humanidad pervertida por el sensualismo y la opulencia.... Pero antes de principiar á desenvolver los hechos característicos de la civilizacion moderna, considero oportuno manifestar el estado de las creencias religiosas en la época del advenimiento del cristianismo. La unidad de Dios se habia ocultado en los libros sagrados de los brahmas, en los geroglíficos del Egipto y en los misterios de Eleusis. El pueblo se hallaba abandonado al politeísmo mas vergonzoso; prostituciones escandalosas habian tenido lugar para agrandar á la diosa

de los placeres entre los asirios, los lidios y los habitantes de Chipre, y el sensualismo y las pasiones menos morales contaban sus fiestas y sus divinidades. La esclavitud era un hecho sancionado por la ley, por la costumbre y hasta por la filosofía: Aristóteles y Platon no escribieron ni un solo rasgo contra ella: el mundo romano produjo en todas las provincias las divisiones insultantes de su ciudad: los pueblos ya gozaban el derecho del latío, ya el itálico, unos el colonial, otros el provincial y el militar: la renombrada jurisprudencia de los Ulpianos y Modestinos afirmó que la esclavitud pertenecia al respetable derecho de gentes y las ampulosas declamaciones de Séneca, el filósofo, en favor de la virtud y de la moral, solo le condugeron á decir en una de sus numerosas epístolas que los esclavos debian ser tratados con familiaridad y consideracion.... Y ¿qué dijo al mundo la religion y la moral de Jesucristo? Existe un solo Dios accesible al pobre y al rico, que solo pide fe pura y corazón humilde. Todos los hombres son hermanos. Los delitos, las pasiones egoistas separan al hombre de la virtud y del reino de Dios: el reino de Dios no es de este mundo. La antigüedad se halla pues, con estas doctrinas, acusada y convencida de injusticia: el error desaparece, los ídolos caen, las pasiones inmorales no tienen divinidades á quienes incensar: las mas altas especulaciones filosóficas están escedidas: la dignidad moral del hombre y la lucha de su naturaleza se ha rebelado, y la verdad religiosa y moral, pervertida y oscurecida antes, se hace ahora el patrimonio del mas débil y miserable de los hombres.... El mundo romano está condenado á desaparecer de una tierra que mancha con sus crímenes, y un nuevo diluvio debe sumergir á la raza envilecida y degradada. Esta mision se cumple por la irrupcion de los bárbaros.»

Tal es el magnífico cuadro que nos presenta el jóven profesor al anunciaros el grande acontecimiento que vino á cambiar enteramente la faz del mundo. El calor con que están escritas estas páginas, honra sobremedera al Sr. Moron, colocándole entre los hombres esclarecidos que han vengado con sus talentos á la sociedad del siglo decimonono de las calumnias que contrataron de oscurecer la religion de nuestros antepasados, los filósofos del decimo-octavo. Nosotros no complacemos al contar al historiador en el número de tan gloriosos adalides, y nuestra alma siente una alegría inesplicable, al ver que ha desaparecido aquella época en que *fanatizados* los que mas declamaban contra el fanatismo, llamaban, como Condorcet, hombre grande al emperador Juliano solo porque habia sido *apóstata*, y pigmeo y sin talento al grande Constantino.

solo porque habia elevado á su trono la doctrina del Evangelio.

Despues de verificada la pintura de la sociedad romana y la de la influencia egercida por el cristianismo, concluye el jóven Moron su tercera leccion, manifestando que las *costumbres de los bárbaros del norte* y la *religion cristiana* son los únicos elementos que han fabricado la civilizacion moderna. Enteramente acordes en este punto con el autor de la obra que nos ocupa, no podemos menos de repetir aqui la grande verdad, con visos de paradoja, que ha caido de su pluma, y que basta por sí sola para dar una idea exacta tanto de la corrupcion á que habia llegado el pueblo de las Lucrecias, cuanto del omnipotente influjo egercido por el cristianismo. *La Europa, dice el historiador, hubiera sido bárbara sin los Alaricos y los Atilas.*

Tras el exámen de las antiguas civilizaciones llega por fin la hora de ver discurrir á nuestro erudito compatriota sobre el carácter de la española, y el lector que ha leído con entusiasmo el magnífico preámbulo con que ha enriquecido su historia, devora las páginas de la cuarta leccion deseoso de ver vindicada á su patria de las calumnias con que la han vilipendiado los escritores estrangeros. No salen de cierto defraudados nuestros deseos; acreciéntase nuestro orgullo cuando vemos á la España colocada por el jóven profesor al frente de las demas naciones desde el tiempo en que aun gemia bajo la dominacion imperial, y nuestro corazon palpita de placer cuando le oimos decir que nuestros concilios fueron los primeros concilios de Europa y sus disposiciones las mas acertadas de aquella época. Mucho sentimos, sin embargo, que limitada la leccion, de que ahora hablamos, á *bosquejar* el carácter distintivo de la civilizacion de los españoles, no le haya permitido á su autor descender á probarnos cumplidamente algunos de sus asertos. Nosotros por egemplo que creemos con Gibbon y Mr. Guizzot que efectivamente la monarquía goda fue una verdadera monarquía teocrática; que opinamos con nuestro ilustre compatriota Don Gregorio Mayans, que el gran delito cometido por Witiza, y la causa principal de que haya llegado á nuestros dias con tan negra fama, fueron los esfaerzos que hizo para sacudir el yugo de los obispos; nosotros que apoyamos nuestra opinion en la luz que arrojan sobre esta materia algunos de los concilios de Toledo, y con las violentas destituciones de Wamba y de Suintila; que no concebimos por último que pueda llamarse monarquía poderosa y bien organizada la que vió perecer violentamente nueve monarcas de los diez y seis que se ciñeron la corona desde Atahulfo hasta Leovigildo;

nosotros que todo esto creemos, no podemos convenir en lo que el jóven profesor nos insinúa con relacion al gobierno de los godos, hasta tanto que haga desaparecer nuestros escrúpulos con pruebas irrecusables. No se crea por eso que estamos tan convencidos de que nuestra opinion es la verdadera, que desde luego queremos asegurar que no ha sido exacto el Sr. Moron en esta parte de su historia: tan lejos nos encontramos de abrigar tal pensamiento, que no dudamos ni un instante que nuestras obgecciones serán infundadas y que nuestro amigo sabrá desvanecerlas á su tiempo tan victoriosamente que no nos deje otro recurso que el de confesar, como desde este momento lo hacemos, la inferioridad de nuestros conocimientos.

Bosquejada la época del imperio godo de una manera nueva y sorprendente, preséntase á la vista otra época de no menos árdua esplicacion. La irrupcion de los árabes ha sido desde mucho tiempo un acontecimiento que ha dado márgen á las mas encontradas suposiciones; y sin embargo no ha habido uno entre los escritores que desde los últimos años del pasado siglo se han ocupado de su exámen, que haya podido darnos una idea cabal de la influencia de sus costumbres en la civilizacion española. Pocas páginas ocupa lo que nos dice nuestro profesor al hablarnos de este acontecimiento; pero son valientes y exactas sus pinceladas, y nos hacen creer que cuando trate de él mas detenidamente, quizás nos dé noticias ignoradas ó oscurecidas hasta nuestros dias y conquiste la gloria de haber sido el primero que haya deslindado la parte de nuestros usos pertenecientes á los invasores, y la parte que conservamos de nuestros antepasados. Mientras llega ese momento que esperamos con confianza, debemos manifestarle que estamos completamente de acuerdo con la pintura que nos hace en su bosquejo, del poderoso y brillante espectáculo ofrecido por Córdoba mientras ocuparon su trono los descendientes de los omniades, como así tambien que nos parece una verdad profunda é incontestable que: « *la civilizacion mahometana lleva en sí elementos de muerte y de destruccion, y no podrá sostenerse jamás cuando tenga que luchar en cualquier país con la civilizacion formada por el cristianismo y las costumbres de los pueblos del Norte.* »

Internado el Sr. Moron en nuestra historia particular despues de habernos hablado de la irrupcion de los árabes; describenos en breves rasgos la marcha triunfante de nuestra organizacion social comenzando por los generosos esfaerzos hechos por D. Pelayo, y llegando paso á paso hasta nuestros dias.

No nos detendremos en trasladar aqui el

cuadro que nos presenta del lento y penoso progreso de nuestra patria en los tres siglos posteriores á la batalla del Guadalete; nada diremos de la exactitud con que nos señala el nacimiento del derecho municipal, y el carácter del feudalismo español. Cualquiera cosa que dijéramos sobre el modo con que han sido tratadas todas estas cuestiones, sería insuficiente para dar una idea aproximada de la verdad y sencillez con que las ha desempeñado. Contentámonos, pues, con aconsejar á los lectores que vean íntegra la lección que nos ocupa, seguros de que encontrarán en ella mas de un motivo porque admirarla.

Examinadas ya las cuatro primeras lecciones que son las únicas que han visto la luz pública hasta el día, réstanos manifestar nuestra opinion sobre el plan anunciado para toda la obra.

Tres grandes ingenios han escrito la historia con un método semejante al adoptado por el Sr. Moron: el obispo des Meaux, el vizconde de Chateaubriand y Mr. Guizot. No creemos que habrá uno siquiera que no nos conceda á la simple lectura de los nombres que acabamos de citar, que hay algo de noble y de sublime en la arrogante valentia con que se ha lanzado el jóven profesor á una empresa, solamente acometida con éxito feliz hasta nuestra época, por el ilustre representante de la monarquía de derecho divino de Luis XIV, por el anciano defensor de la legitimidad hereditaria de Enrique V. y por el atleta mas vigoroso de la dinastía de Julio. No es con todo el generoso atrevimiento con que se ha arrojado en una carrera tan espinosa lo que le hace mas digno de aprecio y de alabanza á nuestros ojos, merecenos mas admiracion por la fé con que ha emprendido su marcha y por las profundas raíces que ha sabido echar á su obra concibiendo un plan mas vasto y filosófico, si cabe, que el de los insignes escritores que le precedieron.

No hay uno que no sepa, que destinado el magnífico é incomparable *discurso sobre la historia universal* del obispo Bosuet, á describir el triunfo magestuoso de la *verdad divina* al través de todos los acontecimientos, apenas contiene un rasgo que le desvie de su grandiosa idea, y que esta circunstancia que le hace mas recomendable como obra religiosa le presenta incompleto como *discurso sobre la historia*. Cierzo es que no le acontece lo mismo á Mr. Guizot en sus *lecciones sobre la civilizacion*; pero tambien lo es que habiéndose impuesto el compromiso de hablar en pocas páginas de la Europa toda, hase visto obligado á escoger los aconteci-

mientos mas ruidosos, pasando por alto algunos de no poca importancia, y no ha adornado su obra con la multitud de comprobantes que le faltan para hacerla completa bajo todos conceptos.

Mas sólido que el plan de las lecciones del ex-embajador de la córte de Lóndres, fue sin disputa alguna el que se propuso en sus *Estudios históricos* el vizconde de Chateaubriand. Sus brillantes discursos sobre la caída del imperio romano, son una introducción la mas elocuente y profunda que pudiera darse á la historia de la Europa; pero desgraciadamente un conjunto de circunstancias fatales para la literatura y para la ciencia, han impedido que *el cantor de los Mártires* llevase á cabo su propósito, y han reducido la historia de Francia que el público se prometia de su pluma á un *análisis razonado*, bellissimo sin duda, mas que no corresponde á las vastas miras que se habia propuesto el mismo autor.

Sobremanera semejante al plan que hemos indicado y que no pudo realizarse, es el que nos anuncia D. Fermin Gonzalo Moron. Diferéncianse sin embargo en que el primero tomó á Roma por punto de partida, y el segundo se ha remontado hasta las primeras edades; diferéncianse en que el uno se propuso demostrarnos la existencia perpétua y simultánea de las tres verdades política, religiosa y filosófica; mientras el otro nos ha ofrecido pintarnos el desarrollo triple de la *inteligencia del individuo* y de la *sociedad*. Aunque el autor del *Genio del cristianismo* nos presenta de vez en cuando en sus estudios el cuadro filosófico de las costumbres de las épocas que describe, forzoso es confesar que poco ó nada nos dice de los adelantos materiales de los pueblos. La historia, pues, que satisfaciendo las exigencias de la filosofía de nuestro siglo contenga á la vez la pintura del desarrollo moral, intelectual y material de las sociedades; la historia que al lado de los acontecimientos políticos nos coloque los científicos y literarios, y al lado de estos los industriales y comerciales está por escribir. El Sr. Moron al dar á su obra el título de *Historia de la civilizacion de España*, y al decirnos luego que *la civilizacion es un hecho triple*; se ha comprometido á tratarla de la manera que habemos indicado. Las lecciones que hemos examinado hasta de ahora son el preámbulo de este gran proyecto. ¡Inmarcesible será la gloria del jóven profesor, si al entrar en el fondo de su árduo empeño cumple satisfactoriamente lo que promete!

Valencia 15 de setiembre de 1841.